EL EVANGELIO SEGÚN RUTH

ANDRÉS ORTIZ LEMOS

editorial El Conejo 40 años

El evangelio según Ruth

Andrés Ortiz Lemos

El evangelio según Ruth
© Andrés Ortiz Lemos

© Editorial El Conejo
www.editorialelconejo.com

Al lector

Escribir una ficción literaria en la que el Cristo se hubiese encarnado mujer merece una larga enumeración de críticas. Borges, por ejemplo, consideraba que el Zaratustra de Nietzsche, parodia del evangelio de Marcos, era un texto anacrónico. Los evangelios originales, por otro lado, han resistido al tiempo, vitales y nuevos. Fue también Borges quien, en su Pierre Menard, cuestionaba todos los intentos de repensar el Quijote como una acción estéril. He procurado no caer en aquellos vicios de la imaginación, hasta donde he podido. Este libro no es otro evangelio. Tampoco un tratado político.

Las estrellas, embriagadas, permutan y forman nuevas constelaciones. Los pastores de Judea y los sabios de Persia reconocen la infinidad de posibilidades que alberga el universo. Las señales son espléndidas y trascienden el tiempo. María da a luz una niña, la llama Ruth. La elegida es rechazada y, en su lugar, los testigos inician un culto a los ángeles.

La familia decide exiliarse a Egipto. Escogen el puerto de Alejandría, donde habita una nutrida

comunidad judía. Ruth recordará los diálogos con su maestro, Filón, años después, cuando inicie su ministerio en Judea.

En Jerusalén, la mujer predica su mensaje, sana enfermos y expulsa demonios. Para los fariseos es una bruja, para los saduceos una prostituta de los romanos, mientras que los esenios sospechan que puede ser su esperado Maestro de Luz. La especulación en torno a su origen altera el delicado equilibro religioso de la ciudad. Los conflictos estallan y la violencia se expande como un incendio.

Wittgenstein plantea que las proposiciones no son meros conjuntos de palabras, del mismo modo que la música no es una simple conjunción de sonidos. Existen órdenes en las permutaciones. En ese sentido, las parábolas que salen de la boca de Ruth definen la forma del universo. El Logos trasciende los tiempos y las historias. Transita las vidas como un aguacero torrencial que lo arrasa todo. Lo único constante es la realidad de dios que contamina la frágil realidad de los hombres. La Palabra anega personas en el eco de los tiempos. Los personajes, seducidos por ella, habitan siglos distintos y geografías diversas, pero los atraviesa el mismo espíritu.

I

1. La Palabra no tiene principio. Antes de la primera idea en la primera mente, la Palabra estaba con dios y la Palabra era dios.

2. La Palabra es perfecta, lo conoce todo, incluso el olvido, y puede ignorar cualquier cosa si lo desea.

3. La Palabra es el Logos, no es posible describirla en lenguas humanas o angélicas. Todo cuanto existe llegó a ser por medio de la Palabra. Ella es el murmullo desde el cual dios pronunció los universos

4. y el vacío.

5. El cosmos: las cosas que todavía no tienen finalidad, los elementos sin causa, los soles que están por morir, las lágrimas de los miserables, cada nombre en las crónicas de los héroes, las bestias marinas, las nubes en la historia del cielo, los ladridos de los perros y usted no son más que letras en el lenguaje del Logos.

6. La Palabra es libre, no debe explicaciones a ninguna criatura. Es capaz de inspeccionar el

destino de cada partícula de polvo en las constelaciones, pero, si lo desea, puede escoger el olvido, desconocerlo todo.

7. El Logos tiene poder invariable, incluso para elegir la debilidad como morada.

8. La Palabra hace cuanto desea y su deseo es justo, aun si obrase desde la estupidez.

9. La fatuidad del Logos es más alta que la inteligencia de los hombres o la luz de los ángeles.

10. La Palabra puede caminar junto a los miserables del mundo y volverse su aprendiz.

11. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria de la unigénita del padre, mansa, efímera, silenciosa y mortal.

El diamante de Belén

Dieciocho siglos es tiempo suficiente para olvidar. El tallador de diamantes más viejo en las provincias holandesas de su Majestad, John William Friso, no recordaba su primer nombre ni el segundo, tampoco el tercero, ni los siguientes diez. Las imágenes del impreciso ayer, cuando multitudes lo buscaban con laureles y rosas para ungirlo rey, se habían convertido en sueños azarosos y oscuras mitologías.

En sus postreros días llegó a llamarse Baruk Ben Leví. Vivía en Ámsterdam y esculpía brillantes. Cincelar piedras preciosas se convirtió en la única certeza que conocía y en la última ambición que conservaba.

En aquel entonces Baruk era judío jasídico, había retornado a la fe de Abraham hace noventa y seis años y cuatro meses. Antes fue cristiano sirio y, antes de eso, devoto al camino de la roca negra. En otros momentos de su vida abrazó diversidad de credos: fue arminiano

detractor de la trinidad en Egipto, adorador de caballos en la taiga asiática, venerador de peces en las islas Kerile y devoto de varias liturgias sin nombre en las planicies mongolas.

La mente ya no le permitía remontarse libremente a todos sus pasados. Se presentía a sí mismo en momentos accidentales sin llegar a definir por completo la arquitectura de su origen. Vivía en la calle de los joyeros.

En el gueto, Baruk hablaba con sus vecinos de pelo negro en lengua sefardí y parlamentaba con sus amigos de ojos claros en yiddish. En el mercado, regateaba con sus clientes en holandés o en francés, indistintamente. Ya había perdido noción de cualquier otra lengua que pudiese haber conocido en el pasado.

Probablemente Baruk practicó todas las vilezas que le han sido dadas al hombre hasta los extremos imaginables. Tal vez su maldad pudo haber llegado al límite de las facultades de la carne. Pero ya no había forma de saberlo.

Es posible que, movido por el tedio o por el escepticismo, en algún momento se haya dedicado a cultivar la piedad. Quizás procuró el bien, el filosófico y el práctico, hasta donde le permitió la sangre o abrazó los ascetismos, los

existentes y los de la especulación. Incluso pudo haber fundado algunas religiones.

También es posible que, trascurridos los años y las generaciones, no encontrase mayores diferencias entre las obras de los miserables y las de los santos. Lo que sí estaba claro es que en determinado momento ambicionó ser nadie. Un rostro anónimo.

Ciertamente aquel estado, placentero por su estatismo, le procuró alegrías. Baruk se dedicó con paciencia a olvidarse de sí mismo. Aprendió un oficio sencillo. Se volvió un artesano que pulía rocas y leía midrashim, con cada vez menos conciencia de su lejano origen.

Cierta tarde indefinida, Baruk recibió la visita en su taller de un caballero español. Un hombre delgado de rostro convencional y barba delineada que se comunicó con el artesano en nítido ladino. Tras una corta presentación, el visitante sacó de su talego un objeto envuelto en seda. Sin cambiar la expresión de su rostro, el extranjero le mostró una roca algo más grande que un puño; se trataba de un colosal diamante venido de las colonias africanas, en torno al Nilo Azul.

Baruk examinó la piedra por varios minutos con helado escepticismo, solo para confirmar que se trataba de la joya más grande que había visto nunca.

Tras una corta disertación sobre el valor de la gema y la solícita petición de que no se comentara el hallazgo con nadie, el español entregó varias piezas de oro al artesano y le pidió que tallara con ella un brillante cuyo diseño hiciera justicia a la dimensión del tesoro. Convenido el precio, la fecha y el tiempo de entrega (un año), ambos hombres se despidieron.

Tras examinar el diamante, y luego de meditar en su forma y volumen, el joyero se planteó a sí mismo un desafío: generaría un brillante de 116 fases, tarea desmesurada pero necesaria.

Tomada la decisión, Baruk se refugió en su cama. A diferencia de otras noches, sentía una necesidad armónica de dormir.

Una vez recostado, su mente empezó a divagar. Recordó libros que había leído en épocas inciertas y que pensaba perdidos. El que más frecuentaba su cabeza ese momento fue escrito por Aristóteles y describía la estricta diferencia entre las formas de las cosas y sus

esencias. Aquella idea fue colonizando su cabeza hasta hacerlo caer en una especie de vuelo vertiginoso y placentero.

Si la esencia de su diamante fuese imperecedera como sospechaba, su forma, es decir los cortes de su artesanía, no debían ser vanos, pues aquello constituiría una transgresión elemental. El potencial contraste entre el corazón de la materia y sus manifestaciones sensitivas provocaba en Baruk una candente inquietud. Se quedó dormido.

Soñó. En sus visiones contemplaba toda suerte de figuras geométricas; los sólidos platónicos se mezclaban con las proporciones de los pitagóricos; estos, a su vez, danzaban con la enigmática complejidad de las nubes.

Las figuras y proyecciones de su mente mutaban de forma espectral. Sin embargo, al tallador de diamantes ninguna de las representaciones en el firmamento de su sueño le prodigaba paz. Finalmente, en lo más profundo de su viaje onírico, vio una serpiente descomunal; su cola llegaba al mar helado que se extiende al sur del sur, donde el hielo impera. Su cabeza se prolongaba a lo ancho del orbe, hasta cubrir las murallas que separan al hombre de los mares que no se dibujan en los mapas.

La inconmensurable criatura cubierta de escamas de cristal diáfano sentía una honda pena al no poder empatar la esencia de su existencia con la forma vana de su cuerpo. Tras meditar en aquel dilema durante milenios, decidió alimentarse de sí misma; deseaba proclamar a las estrellas el origen y finalidad de su destino. La víbora de dimensiones geográficas viajó por todos los mares hasta dar con el paradero de su propia cola. Una vez que halló la parte más lejana de sí misma, la engulló.

Su mordiscó trazó en el orbe un círculo perfecto. Una forma cuya pureza no se parecía a ninguno de los artificios circulares conocidos.

No era más que un círculo, pero era pulcro. Su exactitud espiritual generó tal algarabía en los cielos que se entablaron batallas entre las constelaciones y los astros. Baruk despertó.

Entendió que las fases de su diamante debían ser infinitas. Tallaría una esfera. Si el diamante llegaba a constituirse un ciclo inmaculado, su forma y su esencia podrían fundirse. De algún modo misterioso, Baruk pensó que este ejercicio minucioso y angélico sería el justificativo de sus últimos años y le procuraría la plena redención.

Un año después de su primer encuentro, el caballero español visitó de nuevo a Baruk. No mostró inquietud alguna por el avance en su comisión.

Esta vez cenaron juntos. El visitante le habló de las ventajas del aceite de oliva del norte de África, específicamente el argelino, comparado con aquel que se producía en el Mediterráneo español. Ambos estuvieron de acuerdo. A esto le siguió una larga charla sobre las tonalidades en los sabores del azafrán en relación con distintos tipos de vino. Pasada la velada, los dos hombres acordaron encontrarse de nuevo el año próximo para culminar su asunto pendiente con el diamante.

Doce meses después, dado que Baruk no terminaba su obra y el visitante español no presentaba prisa alguna, cenaron nuevamente. Hablaron de la eficiencia de los sextantes holandeses en contraste con los instrumentos de navegación alemanes.

Los encuentros invernales se hicieron rutinarios y se repitieron de manera mecánica cuarenta y tres veces. El anciano Baruk permanecía inmutable, sin señal de ver mermada su salud. El visitante español continuaba siendo el

hombre delgado, reservado y joven que lo había visitado matemáticamente durante años.

Si Baruk logró tallar la esfera perfecta es un acontecimiento que no necesita mencionarse este momento. Lo cierto es que los intereses del español se distanciaban notablemente del negocio de la joyería. Durante su última visita, el visitante tomó la mano del tallador y le habló diciendo:

—Te recuerdo. Ahora estoy seguro. Hace varios siglos un muchacho miserable llamado Bhar Simón fundó un culto sacrílego que adoraba a los ángeles. Estos lo tomaron como hijo y amante. En su ritual de iniciación asesinó a todos los niños de una aldea en el valle de Zabulón. He venido aquí porque aquel joven gangrenó la tierra para siempre con el gusano que no muere y la llaga que no cicatriza. Necesito saber, como ya sospechas, si aquel hombre execrable eras tú o si acaso fui yo mismo.

Hubo un silencio largo y metálico. Ambos se miraban al rostro con amable pasividad, como si hubieran encontrado algo que habían estado buscando desde el remoto pasado, y de lo que ya no tenían memoria.

Se abrazaron. Besaron sus mejillas. Secaron sus lágrimas con las manos del otro.

Entonces Baruk tomó la palabra y con voz tibia, anegada completamente en resignada sinceridad, habló así:

—Tampoco puedo recordar, amigo mío. Mi mente ya no alberga memoria de mis padres. Si estos me llamaron Aldebarán al nacer, y si soy hijo de los persas o si mi nombre es Bhar Simón, y mis padres fueron hijos de Abraham, no lo sé. Tampoco me es dado reconocer si fuiste tú quien adoró al verbo nacido de dios aquella noche en el pesebre o si, al contrario, fui yo quien recibió la salvación de Israel con una ofrenda de incienso. No sé si estoy condenado o redimido, si abrí las puertas de las sombras o si palpé las manos de dios. Estoy seguro, eso sí, de que tú y yo fuimos amigos bajo el cielo de Judea, pero no me es posible recordar quién fue quién. Tampoco entiendo si se me impide morir porque fui bendecido o porque el cielo me maldijo. Solo tú, que fuiste pastor conmigo en Asia Menor, puedes darme respuesta y reposo, condenación o paz.

El visitante se llevó las manos a la cabeza. Reconocía el rostro. Sabía que fueron hermanos de pastoreo. Ambos se hicieron amigos antes de

que cada reino de Europa tuviera nombre. Los dos cuidaron ovejas y compartieron libros. Eso sabía, pero no podía recordar el nombre que correspondía a cada uno.

Se lamentaron juntos porque ya les era imposible reconocer los límites de la redención y del destierro. Ninguno podía reclamar la gloria de haber besado la mejilla del mesías ni arrojarse la culpa del asesinato de los recién nacidos en Belén bajo las órdenes de ángeles celosos.

II

1. En el tiempo en que César Augusto fue emperador de Roma, un ángel del señor llegó a una mujer joven llamada María, en Galilea. Los padres de la muchacha pertenecían a la tribu de Judá.

2. Luego de presentarse, el mensajero habló así:

—Oh, María, llena eres de gracia. Has sido bendecida entre todas las mujeres, pues recibiste un regalo infinito. He aquí, el dios de Israel ha decidido salvar a tu pueblo a través de la vida que yace en ti. Darás a luz una cría y su nombre será *inconmensurable* porque no existe lenguaje en la tierra que pueda definirla.

3. Cuando María escuchó estas palabras, se lamentó amargamente y dijo:

—Oh, señor, no le hagas esto a tu sierva porque estoy comprometida con un hombre piadoso y lo deshonraría.

4. María decía aquello porque, días atrás, una mujer que concibió sin estar casada fue apedreada hasta la muerte.

5. El ángel respondió:

—No temas, porque has encontrado gracia ante los ojos del altísimo. Tu simiente tendrá el rostro de dios y reinará a nombre del shem; su imperio no tendrá límite.

6. Pero la mujer seguía temblando, ya no por el temor que le procuraba el visitante, sino por el miedo que le provocaba tener un hijo antes de ser entregada a su prometido.

7. Cuando José se enteró de que María estaba embarazada, decidió abandonar la aldea en secreto, dejar Galilea y viajar a Jerusalén. La noche anterior a su partida tuvo un sueño.

8. En visiones se vio a sí mismo en un inmenso desierto caminando sobre la arena estéril. A lo lejos divisó un templo parecido al de Jerusalén, pero mayor. Tuvo miedo.

9. El edificio, tan alto que llegaba a las nubes, tenía puertas de oro. De su interior fluían corrientes de agua oscura y pestilente. La visión fue tan impresionante que José se arrodilló en la arena y comenzó a clamar desesperado.

10. Una voz, profunda como las olas del mar, le preguntó:

—José, ¿por qué te angustias?

11. El hombre respondió:

—Este templo es glorioso y extraordinario en gran manera, pero el agua que fluye de sus puertas está muerta.

12. La voz que retumbaba desde un trueno contestó:

—José, busca una piedra perfecta, una tan hermosa que sea capaz de sanar las aguas pútridas si la arrojas al mar.

13. El hombre escarbó con desesperación. El lugar estaba poblado de dunas simétricas e indelebles. Sintió una angustia de muerte. Pasó meses, años y siglos hurgando furiosamente entre los pedruscos.

14. En algún momento indistinto se echó a tierra maldiciendo su propia vida.

15. La voz le habló por segunda vez:

—¿Por qué te lamentas, José?

Él respondió:

—He estado buscando aquella piedra de la que me hablaste, pues mi mayor anhelo es curar las aguas del templo, pero he sido incapaz de encontrarla.

16. Entonces el trueno le respondió con tono profundo y armónico:

—Yo puedo decirte dónde hallar lo que tanto ansías, pero a cambio deberás hacer algo por mí.

—Haré lo que sea, haré cualquier cosa que me pidas.

La voz replicó:

—No nos dejes.

17. José despertó.

18. En aquellos días un censo imperial fue ordenado por César Augusto; todos los habitantes de Judea debían acudir a sus lugares de nacimiento. José era originario de Belén y por esa causa se dirigió a la aldea de su infancia junto a María, a quien confirmó como su prometida.

19. La mujer estaba en avanzado estado de gestación.

III

1. Cuando María y José llegaron a Belén, la aldea rebosaba de gentes y las posadas estaban atiborradas.

2. Al sentir María los dolores del parto, la pareja tuvo que refugiarse en cierto establo sobre una de las colinas gemelas cercanas al pueblo.

3. El cobertizo, turbio y oscuro, permanecía, sin embargo, seco y tibio. José encendió un pequeño fuego. María vivió un alumbramiento tranquilo. Dio a luz una niña.

4. La madre estaba feliz de tener a la bebé en sus brazos, pero José se irritó al ver que no era varón. Salió del pesebre y blasfemó.

5. Algunos de los pastores que apacentaban ovejas en los alrededores notaron que las estrellas del cielo comenzaron a bailar.

6. Una de las luminarias se acercó a los muchachos y tomó la forma de un joven varón

anegado en luz. Era un ángel. Sus pies brillaban como bronce bruñido.

7. El mensajero les habló diciendo:

—Gloria a dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, porque un nuevo sol ha nacido a fin de salvar al pueblo de Israel y juzgar las naciones con vara de hierro. Id hacia el pesebre en la colina, encontraréis la gloria prometida a Abraham y a los profetas envuelta en lino.
8. Los pastores corrieron hasta el pesebre donde reposaban María y su bebé. Algunos adoraron a la recién nacida, pero cuando notaron que se trataba de una niña empezaron a blasfemar:

—Las escrituras han dicho que el mesías sería un varón y, he aquí, esta no es más que una hija de esclavos.— Luego dejaron la colina maldiciendo y arrojando arena sobre sus cabezas.

9. Abandonaron el pesebre y corrieron hacia una colina cercana. En su cúspide había una roca sobre la cual algunos ángeles danzaban.

10. Frente al prodigio, los muchachos degollaron una oveja y ofrecieron su sangre en sacrificio.

11. Un joven pastor llamado Bhar Simón, devoto de los muertos, pensó, al darse cuenta de que él mismo tenía un tocado blanco como el lino, que los ángeles llegaron para confirmarlo a él como salvador de Israel.

12. Bhar Simón fundó en aquel lugar un nuevo culto, y se hizo llamar a sí mismo “el poder de dios”. Sus discípulos propagaron las enseñanzas del pastor sacerdote por toda Judea; su doctrina se extendió muy al norte y llegó incluso a Macedonia.

13. En torno suyo se formó una sociedad secreta que adoraba a su fundador como la encarnación del ángel alfarero, que, según ellos, diseñó el universo del barro primordial.

Los dos pastores

Aldebarán nació en Susa, Persia. Su padre fue un comerciante de seda con cierta fortuna al que los ladrones arrebataron todo mientras atravesaba el desierto de Kavir. Arruinado, el mercader fue requerido por sus acreedores para ser vendido como esclavo junto a su familia. Por causa de aquello huyó a las provincias orientales del Imperio romano.

Eran zoroastranos, su dios era Ahura Mazda y Zaratustra su profeta. La madre del muchacho murió poco tiempo después de llegar a Galilea por causa de la tristeza.

Aldebarán fue educado según la tradición del Avesta, libro sagrado de sus abuelos. Se le enseñó que el universo era binario y que los ángeles estaban en permanente guerra unos con otros; así establecían un ambiguo y relativo equilibrio en el cosmos.

El muchacho aprendió a respetar el fuego. Honraba las enseñanzas de Zaratustra y esperaba la llegada del “elegido”, aquel que

traería a los hombres el verdadero resplandor detrás de la falacia del sol. Aldebarán cuidaba las pocas ovejas que su familia tenía para procurarse el mínimo sustento.

Bhar Simón pertenecía a la tribu de Leví. Su padre fue rabino y enseñó a su hijo a leer la sagrada Torá desde pequeño. El anciano murió antes de que al niño le llegara a cambiar la voz y lo dejó solo con su madre. Pocos años después, la desafortunada mujer también murió. Desde entonces Bhar Simón tuvo que ganarse la vida pastoreando ovejas de otras personas. El niño guardó los libros de su padre. Era inteligente y educado en la misma medida que triste y miserable.

Aldebarán y Bhar Simón constituían inusitados accidentes en el desierto. Ambos recibieron una esmerada educación desde pequeños y ambos lo habían perdido todo.

Se hicieron amigos. En aquel tiempo tenían alrededor de catorce años. Bhar Simón solía recitar de memoria las escrituras hebreas a su amigo. Aldebarán, por su parte, narraba a su compañero largos pasajes del Avesta que describían la compleja mitología persa. Ambos se procuraban una sólida admiración.

Sus tradiciones religiosas tenían un punto común: el mesianismo. Los hebreos esperaban al rey ungido que rehabilitaría Sion y liberaría al pueblo de Israel de toda opresión, mientras que los persas esperaban al hombre solar, el Saoshyant, único capaz de instaurar la renovación final del universo.

Aldebarán desarrolló un profundo interés por los libros hebreos, en particular aquella sección conocida como “los profetas”. Tenía curiosidad por la historia de Ciro, el noble rey persa discípulo zoroastrano, al que el mismo profeta Isaías llamó “mesías”. El muchacho sentía fascinación por la ausencia de equilibrios binarios en las mitologías judías. El universo, para ellos, no estaba balanceado desde polos opuestos. Su modelo evitaba detalles especulativos. El énfasis en las escrituras de Israel estaba en los accidentados contactos entre la divinidad y los hombres, incapaces de traducir su voluntad.

Bhar Simón, a su vez, se interesó cada vez más en la doctrina persa de los inmortales spentas. Bajo aquella influencia, fue más allá de la idea del dios único que le inculcó el judaísmo y abrazó una nueva mitología según la cual los ángeles serían los verdaderos creadores del

universo, la llave única del equilibrio entre las estrellas.

Secretamente Bhar Simón comenzó a orar al fuego e invocar ángeles guías en las noches solitarias del desierto. También en secreto, Aldebarán empezó a leer los salmos y rezar de acuerdo con la ley de los judíos. Ambos se estaban transformando.

* * *

Cierta noche, en la que Bhar Simón y Aldebarán compartían una hoguera junto a otros pastores, notaron que algo se movía en el cielo. Las constelaciones cambiaron sus formas.

Donde antes hubo un escorpión, ahora aparecía la figura de una serpiente; donde había estado el cinturón de orión, nuevos astros formaban los senos perfectos de una virgen. La carroza se desdibujó y sus estrellas se tornaron una espada monstruosa. El cielo nocturno cambiaba en cuestión de minutos. Parecía que había llegado el fin del mundo.

Uno de los pastores, aterrorizado y plagado de culpas, se puso de rodillas y confesó delante de

todos que había mantenido amoríos con una cabra. Otros se declaraban ladrones y algunos asesinos. No faltó quien asegurara haber robado sangre sacrificial de los sacerdotes para practicar brujería.

En un principio los pastores se entregaron al terror y el paroxismo colectivo, pero tras algunos minutos de euforia entraron dulcemente en un estado de estupor solipsista.

Cada trazo del zodiaco y cada constelación mutaba de manera permanente en formas inverosímiles. Los pastores podían ver sus secretos más íntimos y los momentos más vergonzosos de su vida plasmados en los cuerpos celestes. Rostros, letras y bestias reflejaban la vida interior de sus observadores.

Pronto las figuras trascendieron; las formas se tornaron olores, voces, sonidos o música. En determinado momento, los muchachos reconocieron que un grupo de estrellas descendía y se aproximaba a ellos. Una vez que las luces estuvieron cerca, reconocieron perfiles de hombres y mujeres jóvenes. Los seres cantaban melodías oscuras en lenguas desconocidas. El espectáculo era hipnótico. Uno de ellos voló como un halcón hacia los niños y exclamó:

—Alégrense: este es el día en que la salvación de Israel se ha revelado. Vayan a la cima de la colina y adoren a quien ha nacido.

Los pastores notaron que varios ángeles bailaban sobre dos colinas gemelas y las iluminaban con su poderoso resplandor. En la cresta de una de ellas había una vieja barraca y, sobre la cima de la otra, un altar pagano (que en ocasiones era usado por los romanos para sacrificar animales a marte). Los seres refulgentes bailaban ambiguamente sobre ambos collados.

Sobre uno de los pequeños cerros podía distinguirse un pesebre. Los pastores corrieron hacia allá jadeantes y efusivos. Dentro se encontraba una familia pobre con una niña recién nacida.

Decepcionados al haber errado su lugar de destino, maldijeron a la madre y escupieron al rostro del padre. Inmediatamente corrieron hacia la otra cima. Cuando llegaron a la parte superior, encontraron un cordero blanco acostado mansamente sobre un altar de piedra. Bhar Simón, exasperado y eufórico, tomó el animal y lo sacrificó ofreciendo su sangre a los ángeles.

Cuatro de las criaturas aladas se precipitaron violentamente hacia la piedra. Sedientas como moscas, lamían la sangre de la roca con tal frenesí que se empujaban unas a las otras mordisqueando el altar con ansiedad febril. Con sus alas golpeaban los rostros de sus compañeros y se arañaban la piel como si se tratara de gallinas disputándose un gusano.

Bhar Simón, el único que se acercó a las criaturas, quedó petrificado ante tal espectáculo. Pronto los seres llegaron al muchacho cuyas manos y ropa se habían manchado al degollar el cordero, y empezaron a lamer los restos de sangre sobre él. La operación se llevó a cabo con tal violencia que los otros pastores pensaron que su compañero moriría sin remedio.

Pasados unos segundos algo alteró a los ángeles y estos huyeron como una bandada de palomas asustadas. Las criaturas dejaron el inanimado cuerpo del muchacho tendido en el suelo, aparentemente sin vida. La roca del altar ardía envuelta en un extraño fuego azul.

Cuando los pastores se acercaron a Bhar Simón, notaron que sus ropajes quedaron tan limpios como plata refinada. Su túnica, antes tosca y miserable, estaba perfectamente tejida

en hilos cabalmente blancos. Como el lino más puro.

Al ver que despertaba de un estupor lúgubre, varios muchachos comenzaron a proclamar que su compañero había resucitado y empezaron a adorarlo.

Aldebarán lo presenciaba todo con mirada perdida. Emitió un suspiro profundo y sintió como si una llamarada le incendiara la cabeza. Dejó a los otros pastores y corrió, solo, de vuelta a la colina vecina.

Durante su carrera en la oscuridad divisó nuevamente las estrellas. Notó que las constelaciones habían cambiado. En sus formas nuevas y caóticas olfateó recuerdos.

Se rememoró a sí mismo vestido de otra forma, hablando lenguas distintas y leyendo un libro cuyas letras danzaban y se intercalaban generando infinidad de posibilidades. La imagen era una especie de recuerdo, pero de un evento que, sospechaba, no había tenido lugar.

Sus visiones lo arrancaron del tiempo; duraron lo mismo que las estaciones, pero de alguna forma estuvo consciente del trayecto entre una colina y la otra. Como si los eventos de sus recuerdos especulativos y los de sus pasos en

la oscuridad ocurrieran en dos universos distintos.

Las estrellas mutaban e intercalaban sus posiciones unas con otras. Aldebarán recordó lo que su amigo le había contado sobre las letras del alfabeto hebreo, cómo podían permutarse revelando misterios y posibilidades desconocidas. Los astros hicieron lo mismo aquella noche. El muchacho entendió que cada nueva representación en las constelaciones mostraba una forma de existencia distinta para cada criatura bajo la bóveda celeste.

Se observó a si mismo desde todas las bifurcaciones en el camino de su vida. Sus pasados posibles y sus futuros probables.

Las cosas que vio en su corta travesía nocturna lo convirtieron en un anciano. Su cuerpo seguía siendo joven, pero, de algún modo, su corazón había envejecido.

Llegó al pesebre sobre la otra colina, rogó perdón de rodillas a los padres de la bebé. Se postró delante de la niña y la adoró.

Al no tener nada en sus manos para entregar como ofrenda a la recién nacida, le cantó una antigua oración persa que solían recitar los Magui, la casta sacerdotal de su lejana Persia.

Una elegía usada para bendecir personas amadas que no se volverán a ver.

Aldebarán entonó el arcaico canto en la lengua de su padre. Ni José ni María pudieron entender lo que el muchacho decía. El joven les hizo saber que aquel himno era conocido entre los sacerdotes como la plegaria del incienso.

José, quien seguía irritado por la anterior visita de los pastores, tomó al chico de los cabellos y lo arrastró violentamente fuera del pesebre.

IV

1. Herodes, rey de Judea, recibió la visita de unos magos del este que llegaron a él pidiendo consejo.

2. Los hombres se dirigieron al monarca diciendo:

—Señor nuestro, las estrellas han dado su veredicto y estos son los tiempos en los que el rey de los judíos ha de poner sus pies sobre los collados para hacer juicio a la tierra y prevalecer sobre las naciones con barra de hierro.

3. Herodes mandó llamar a sus consejeros, estos advirtieron a los visitantes y a Herodes que el mesías habría de nacer en tierra de Belén, pues fue escrito por el profeta Miqueas:

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus caminos son desde el principio, desde los días de la eternidad”.

4. Ante tales palabras, los magos alabaron a dios y pidieron permiso a Herodes para continuar su camino a fin de encontrar al niño y adorarlo.

5. Dicho esto, el rey se encendió en cólera y mandó que los magos fueran decapitados. El monarca afirmó haberlos oído blasfemar la esperanza de Israel (pero esto lo decía mintiendo, pues en realidad sentía celos de que pudiera levantarse otro rey en Judea).

6. Temeroso de ver peligrar su trono, Herodes mandó llamar a cierto consejero de nombre Jonobiel y le encargó degollar todo niño varón nacido en Belén y sus alrededores; desde los recién paridos hasta los que tenían dos años de edad, según el margen de tiempo que los magos habían indicado sobre el nacimiento del redentor.

7. Al ser Jonobiel un hombre sombrío que adoraba a los muertos en secreto, obró rectamente bajo las indicaciones de su señor.

8. El consejero entregó cerveza, monedas y armas a un grupo de muchachos que aseguraban haber hablado con las estrellas para que arrancaran a los niños de brazos de

sus padres y los dieran en sacrificio al cielo nocturno.

9. Por aquellos días los niños varones de Belén fueron pasados a cuchillo, y se dio cumplimiento a lo anunciado por el profeta Jeremías cuando dijo: “Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; es Raquel que lamenta a sus hijos, y no quiso ser consolada porque perecieron”.

V

1. Las gentes de Galilea denigraban a José. Le increpaban por no ser el padre de Ruth.

2. Angustiado por haberse convertido en un hombre sin rostro, se volvió oscuro y miserable.

3. Cierta noche tuvo un sueño. El Nilo se desbordó en un torrente poderoso y universal (solo conocía el Nilo por las historias de la Torá); sus aguas cálidas y limpias perfumaban la tierra. Deseaba flotar en aquel líquido benigno el resto de su vida. Se encontró perfectamente feliz durante el tiempo que duró la visión. Cuando despertó, se sintió desconsolado, extrañaba la sensación cálida que lo había rodeado durante la noche.

4. A partir de entonces desarrolló la necesidad sanguínea de volver a sentir el agua tibia del río del sueño en su piel. Por causa de aquel impulso permanente que anidó en su mente, tomó la decisión de migrar a Egipto.

5. José viajó hacia Alejandría junto a su familia. Ahí fue recibido como carpintero y constructor en los astilleros del puerto.

6. La comunidad de aquella ciudad tenía tradiciones distintas a las de Judea; en la metrópoli ptolemaica de Egipto, niños y niñas iban a las escuelas de Torá juntos. Estudiaban la ley y los profetas según la traducción griega conocida como Septuaginta.

7. A los padres de Ruth no les placía que su hija fuese a la escuela. No se trataba de una actividad aceptada entre las niñas galileas. No obstante, con el tiempo asimilaron las costumbres de sus nuevos vecinos.

8. Los judíos en Egipto no hablaban arameo sino griego. José, sin embargo, toleró las dificultades con paciencia. Se sentía aliviado de estar lejos de Judea.

9. Ruth aprendió varias cosas en Egipto. No solamente acerca de la Torá, sino sobre temas que no se hallan en las escrituras.

10. En aquellos tiempos un joven maestro de la ley, el rabí Filón, se dedicaba a la enseñanza de los profetas hebreos y los filósofos griegos.

11. Los maestros de la ley más viejos no aceptaban completamente que Filón y sus discípulos utilizaran la tradición griega para enseñar los misterios de la Torá; sin embargo, el rabino era un líder prestigioso y querido entre los jóvenes.

Filón de Alejandría

Los niños que desean ser admitidos como estudiantes de la Torá deben memorizar completamente los cinco libros de Moisés, en hebreo. Letra por letra.

El mayor sueño de Ruth consistía en convertirse algún día en maestra de la ley. No había cosa en la tierra que le procurara más placer que escuchar la lectura de los profetas cada sábado en la sinagoga azul junto al mar.

En las colonias judías de Alejandría las niñas podían sentarse en el salón lateral y aprender las mismas cosas que los niños.

Mientras escuchaba las lecturas sagradas, Ruth imaginaba los nombres de las ovejas que pastoreaba David de niño y las fauces de los toros de Bazán que lo persiguieron cuando era mercenario. Sin embargo, no podía recordar el nombre de sus generales cuando llegó a ser rey.

La niña deducía las discusiones entre Jacob y Lea por causa de su hermana Raquel; pero

ignoraba cómo se llamaban sus nietos, aquellos caudillos del desierto que llenarían Egipto de esclavos.

Ruth no entendía cómo alguna persona podría memorizar un libro completamente.

En Alejandría casi nadie hablaba arameo, y el hebreo estaba reservado a los maestros. Era precisamente en aquella lengua secreta, arcaica y mística que, según decían los ancianos, se podía memorizar grandes porciones de texto sagrado a través del ritmo y la musicalidad de la palabra.

A Ruth y a las otras niñas se les permitía ir a la escuela sabática, pero únicamente para aprender elementos básicos de la Torá a través de la traducción griega conocida como Septuaginta. El aprendizaje del hebreo se reservaba solamente a los muchachos aceptados como discípulos de algún rabino erudito.

Ruth trataba de aprender por sí misma todo cuanto podía. Cada sábado copiaba en su tabla de cera aquellas palabras que, al salir de boca de los sabios, le parecían significativas. Durante las tardes se sentaba frente al mar y trataba de memorizar frases y versos. Tal operación,

placentera los primeros minutos, se tornaba gris al poco tiempo: la mente de la niña invariablemente se desviaba por rincones diversos y coloridos.

En su imaginación el arbusto en llamas del que habló con Moisés podía caminar sobre sus raíces y sus millones de hojas ardían como flamas de colores. Cada rama hablaba en un lenguaje distinto y entre ramas se generaban largas discusiones que cuestionaban el origen de los fenómenos naturales.

En la mente de Ruth el profeta Daniel habría formado una entrañable amistad con uno de los leones de la fosa a la que lo arrojaron. La fiera narró a oídos del santo las historias arcaicas de la jungla, las fascinantes aventuras de las bestias y sus guerras secretas con criaturas que habitan las cavernas.

Luego de las lecturas en la sinagoga, Ruth podía encerrarse en sus propios pensamientos. Los sábados no había ropa que lavar ni pisos que fregar. Dado que el trabajo estaba prohibido aquel día glorioso, la niña podía perderse en sus laberintos y dedicarse a diseñar universos.

Una de aquellas tardes se sentó sobre la roca negra del puerto, empeñada en repetir de

memoria los primeros versos del Bereshit, aquel libro primordial que en griego se conoce como Génesis. Trataba de hacerlo en hebreo; conocía sus sonidos elementales a fuerza de escucharlos de boca de los ancianos. Recitaba frase a frase el poema de la creación sin descifrar plenamente los espejismos de su sintaxis. Ejercitaba su memoria considerando aquellas oraciones legendarias como los primeros peldaños de la escalera de Jacob.

El rabino Filón, quien solía caminar cerca de la costa al atardecer, la vio. Notó su rostro de angustia mientras repetía torpemente algunas frases inconexas. Se acercó a ella.

—Oh, pequeña nazarena —le dijo—, ¿realmente piensas que dios creó el universo utilizando la lengua de un minúsculo clan de beduinos ignorantes? ¿En serio?

Ruth quedó paralizada, no solo por la impresión de recibir la palabra de uno de los varones más sabios de Alejandría, sino por la irreverencia con la que aquel hombre delgado y de barba grisácea se refería al primer libro de Moisés.

Confundida y abochornada, la niña acertó a responder con una especie de enunciado moral,

un recurso de falsa piedad como aquellos que escuchaba permanentemente en la sinagoga.

—Noble señor —dijo la niña—, ¿acaso no se nos ha dicho que los libros de Moisés constituyen las palabras mismas de adonai?

—No, ¿quién te enseñó eso?

—Los ancianos —dijo Ruth.

Filón sonrió levemente con aquel tipo de gesto que las personas que han sufrido mucho esbozan solo de vez en cuando. Se sentó junto a ella y replicó:

—Dios existe antes que los humanos, las bestias, las estrellas y su constelación de lenguajes imperfectos. Nuestras palabras no son más que sombras. De hecho, todo el universo que vemos y tocamos, todo, no es más que la torpe evanescencia de los pensamientos del creador.

—Oh, Rabí —continuó Ruth—, ni siquiera puedo memorizar los primeros párrafos del Bereshit, ¿cómo podría sospechar lo que habita en la mente de dios?

—Deberíamos tratar de conocernos a nosotros mismos —respondió Filón—, somos la única

partícula de la creación de la que llegaremos a saber algo. ¿Por qué no empezar por ahí?

Ruth intentó cambiar el rumbo de la conversación, pues las respuestas de Filón la perturbaban. Persistió en la idea de seguir el camino de los jóvenes escribas y memorizar los libros de Moisés.

—Quiero aprender —dijo tímidamente—, aprender las escrituras, solo si logro memorizarlas serán parte de mi sangre.

Una vez más Filón la interrumpió:

—Para un hombre sabio de la antigüedad llamado Platón, aquello que algunos llaman aprender no es sino recordar. Recordamos cosas, ideas, rostros, olores, de un tiempo mítico o de un momento sin tiempo. Recordamos aquello que caminaba entre las ideas primordiales cuando nuestras almas podían percibirlas de forma pura. La razón por la cual te das cuenta de si alguna idea es correcta o errada se debe a que la recuerdas de otro momento, en otra orilla, desde otra habitación.

Tras decir esto, Filón se quedó en silencio contemplando el horizonte, como si de repente alguna memoria muy querida lo hubiera visitado.

Ruth sintió una extraña emoción. La posibilidad de recordar algo de un pasado legendario, anterior a la historia de los hombres, la hizo saborear una fugaz alegría. Pensó que tal vez en algún momento remoto pudo haber ocurrido algo maravilloso; algo tan grande que constituía la fuente de todas las pequeñas alegrías que había llegado a experimentar. Tenía sentido. El hecho de sentarse a recibir el sol y sentir la pereza embriagante de la luz sobre su piel era un evento demasiado pequeño como para justificar tanto gozo. Probablemente aquel placer no tenía su origen en el sol sino en una fuente anterior a él, mucho más antigua.

Filón continuaba mirando al horizonte, su expresión era indefinible. Por un lado, sus facciones indicaban una honda melancolía y, por otro, parecía manifestar un gozoso alivio, como si un largo y notorio dolor estuviera desapareciendo de su vida justo ese momento.

—El hombre del que te hablé, Platón, pensaba que el género humano está poblado por esclavos parcialmente ciegos que han pasado toda su vida en una cueva ignorantes de la realidad del sol y del cielo. Todo cuanto conocen sería una especie de proyección obscena del mundo real en las oscuras paredes de su

prisión. Si esto es así, entonces la libertad consiste en la conciencia última de aquella condición de penumbra y la esperanza de la existencia de un universo de luz trascendente a las paredes de roca. Ser libre sería confiar en el cúmulo de realidades más allá del engaño de los sentidos. Tal vez de eso se trate la fe, de la certeza de que la mente de dios está colmada de esencias. Conviene, por lo tanto, caminar hacia ellas. Pero el primer escaño siempre será conocernos a nosotros mismos.

Ruth fingía estar asombrada, aunque en realidad percibía en su cuerpo la emoción y el alivio de haber escuchado una verdad natural. Sentía como si le hubieran dado una buena noticia, una noticia atesorada desde siempre. Filón le hablaba con radiante transparencia, con optimismo, con una sutil alegría que solo podía percibirse lentamente detrás de su expresión afligida.

—Tomemos un ejemplo del libro que estás tratando de memorizar —continuó el maestro—, el Bereshit y su primer verso: “En un principio las divinidades crearon los cielos y la tierra". Como ves, la naturaleza de dios es tan compleja que se usa el plural para referirla; ¿es acaso dios un

hombre o una mujer para que describamos su esencia con un sustantivo opaco? No lo creo.

Filón hizo una pausa para arrimarse sobre una de las rocas del puerto y continuó:

—El hacedor contiene infinitas esencias y formas. El autor de las escrituras, que pudo ser Moisés o alguno de sus discípulos, lo sabía. Los cielos están también en plural porque representan todo aquello que ignoramos; los mundos detrás de las estrellas, los reinos elementales que caben por millones en las gotas del rocío. Todo está ahí, palpitante y existente, aunque no tengamos idea de su realidad. Por eso simplemente se habla de “los cielos”, así en plural, para que sepas que están más allá de nuestros sentidos. Luego viene la tierra, es decir el mundo que tú y yo conocemos. Aquello que nos ha sido dado ver. De ese pequeño fragmento nosotros somos la única parte reconocible ante nuestros propios ojos.

El atardecer se quemaba en un resplandor rojizo universal como si el cielo estuviera incendiándose. ¿Fue aquella la puesta de sol más hermosa que Ruth podía recordar? Probablemente sí.

El mar, gigantesco y sereno, parecía gritar una verdad contundente, un concepto de importancia trascendental. El olor de la sal, el sonido de las aves, los rumores de la brisa y las olas. Algo pasaba justo frente a sus ojos. ¿No sería que el universo estaba siendo creado ahí mismo, en ese momento? ¿Acaso aquel océano verde azulado teñido de luz violeta podría ser el sitio exacto sobre el cual el espíritu de dios revoloteaba segundos después de haber creado la luz y el tiempo?

Ruth consideró por un segundo caminar hacia el agua. De algún modo estaba segura de que podría pasear alegremente sobre las pequeñas olas del puerto, como en una calzada de mosaico. Aquella pequeña certeza la hacía feliz.

Justo cuando la niña estaba levantándose para correr hacia el océano, Filón, quien parecía de algún modo sentir que una tormenta emocional estaba sacudiendo a la pequeña, le habló de nuevo:

—Dios es eterno, antes de todas las creaciones ya lo sabía todo. En su mente ya estaban escritas las líneas del libro del futuro y las consecuencias de cualquier acción. Todo universo debía estar en su intelecto antes de todo principio, ¿no es así? Todo estaba ahí, en

su cabeza: la Torá, la humanidad, la historia, la totalidad. De la misma forma que la imagen de una pintura está en la mente de un artista antes de que este tome el pincel.

Filón tenía razón, sus palabras cobraron sentido. Escucharlo hablar la despertó de una especie de ensoñación. Segundos antes había estado segura de que, si corría hacia el mar, podría caminar sobre el agua y huir hacia reinos innombrables. Ahora que había cobrado conciencia de sus circunstancias otra vez, recordó que no era más que la hija putativa de un carpintero amargado que regresaba de los astilleros todas las tardes para insultar a su madre por haberlo obligado a cuidar una bastarda.

Ruth se percató de que el día se moría. Debía regresar para ayudar a su mamá a zurcir ropa, enjuagar pisos y limpiar pescado. Si no se daba prisa, recibiría una paliza. Cuando la niña se puso de pie, percibió la helada sensación del desencanto. Odiaba que el Sabbath terminara.

Se despidió cortésmente de rabí Filón, quien tenía una expresión pacífica y serena. Ruth lo miraba de otro modo luego de hablar con él. Sentía como si fuese un muy viejo amigo a quien volvía a ver con plena naturalidad luego de una

larga separación. Mientras la niña se alejaba, el filósofo le dijo con voz amable:

—Al séptimo día, luego de crear la luz, los astros, las bestias y los hombres, dios reposó. El Sabbath le fue dado a Israel para permitirle entrar en el reposo de dios. Paz a ti.

Ruth apresuró los pasos para llegar a su casa antes que el sol se ocultara.

Varios días después de aquel encuentro, algunos de los principales varones de la sinagoga fueron a buscar a José, el padre de Ruth, a su casa. Le entregaron diez monedas de plata y le encargaron la custodia de cinco rollos, uno por cada libro de Moisés. También le proveyeron de tinta y papiro virgen y le dijeron:

—Oh, José de Nazaret, sabemos que eres un hombre temeroso de dios y amante de las escrituras; por esta razón, varios amigos de entre los varones judíos de Alejandría han resuelto pedirte que hagas copias de estos papiros, pues estos se hallan notablemente deteriorados por causa del ambiente húmedo del puerto. Es deseo de los benefactores de la sinagoga que la operación la realice un varón nacido al norte de la provincia de Judea, pues no hay en nuestra biblioteca ninguna copia

realizada por alguien de Nazaret. Es interés de nuestra comunidad guardar memoria de las manos de todos nuestros hermanos en la perseverancia de nuestra tradición. Sabemos, por supuesto, que un alma excelente y un espíritu piadoso como el tuyo no se negarán a nuestro pedido.

José, cuyo manejo del griego era pobre y que prácticamente no podía leer, se vio sorprendido por tal pedido. Más aún cuando los escribas eran celosos en gran medida de sus documentos. Sin embargo, le avergonzaba negarse a la solicitud y reconocer que no sabía escribir, tanto por habérsele ofrecido un honor inusual, cuanto por la apreciable ayuda que las diez monedas de plata significaban para su familia en aquel momento.

En realidad, los varones que hablaron con José fueron enviados por rabí Filón, quien, al verse advertido de que no podría tomar a una niña por discípulo, buscó una forma alternativa de instruir a Ruth en las escrituras. Sabía de antemano que la tarea de copiar los cinco libros de Moisés recaería sobre ella, la única en aquella familia de Nazaret habituada a la escritura del griego conforme había aprendido en las escuelas sabáticas de la sinagoga azul.

La sorpresiva noticia generó en Ruth una alegría incontenible, solo comparable a la furtiva ambición de correr hacia el mar y caminar sobre las aguas en busca de puertos misteriosos y océanos desconocidos. Copiar los cinco libros de Moisés le daba ocasión de estudiarlos. Debía leerlos antes de empezar. Constatar lo que decían y lo que no decían. Considerar todos los detalles y posibles interpretaciones. Por supuesto, empezó por el Génesis.

La lectura del primer libro de Moisés, que solo conocía parcialmente desde fragmentos recitados en la sinagoga, le despertó un oleaje de preguntas que resonaron en su cabeza. ¿Hablan los animales? ¿Quién era el ángel de la espada de fuego que custodiaba la puerta del Edén? ¿Tiene nombre? ¿De dónde salió la esposa de Caín? ¿Comía carne de cerdo? ¿Cómo consiguió Noe alimentar a los animales carnívoros dentro del arca? ¿Quiénes se sacrificaron para entregar sustento a los leopardos? ¿Cómo era la piel de las bestias que se ahogaron durante el diluvio? ¿Quién fue el rey sacerdote Melkisedek? ¿Por qué un pagano fue mayor al padre de los israelitas? ¿Quiénes fueron los tres ángeles que visitaron a Abraham? ¿Por qué fueron tres y no veintitrés? ¿Por qué Sarah fue tan cruel con su esclava

hasta el punto de obligarla a dar a luz sobre sus piernas para arrebatarle el bebé? ¿Fue aquel acto abusivo y atroz una acción sagrada? ¿Cómo pudo Jacob luchar contra un ángel y vencer? ¿Por qué José recibió una túnica de colores de su padre? ¿Cuántos colores cabían en la tela? ¿La esposa de Potifar tenía ojos dulces? ¿Cómo evitó José que los ratones se comieran el trigo de los silos que mandó construir en Egipto? ¿Por qué el mesías debía ser hijo del violento y torpe Judá y no de su sabio hermano menor?

Llena de preguntas y con la imaginación desbordada por el remolino de imágenes, Ruth empezó a copiar el contenido en un papiro virgen usando una pluma de ganso y tinta egipcia. Se ayudaba de un cordel de lino para no perder la rectitud de las líneas.

Trascribió fielmente el primer verso del poema de la creación, pero cuando llegó al segundo notó que tenía varios elementos que contradecían al anterior. Mientras en el primer verso se dice que, después de formadas las bestias de la tierra, “creó dios al hombre a su imagen, a imagen de dios lo creó; varón y hembra los creó”, en el segundo canto Adán es formado del barro de la tierra y luego de él las

bestias. Solo después, y dada la notoria soledad del primer hombre, se generaría la mujer de su propia costilla. ¿Cuál de los dos relatos era correcto y cuál erraba? ¿El primero, en el que el hombre y la mujer son causados a la par, o el segundo, donde Adán es formado en primer lugar y su compañera llega después?

“Los más seguro es que ambos pasajes digan la verdad y es el universo quien que deba mutar y no la escritura, a fin de albergar todas las posibilidades de la palabra”, pensó la niña.

“Los más seguro es que ambos pasajes digan la verdad y es el universo quien que deba mutar y no la escritura, a fin de albergar todas las posibilidades de la palabra”, pensó nuevamente Ruth entendiendo que había descubierto una deslumbrante verdad.

Tales cuestiones perturbaron a Ruth, quien continuaba la copia del texto de forma errática y con la cabeza plagada de dudas.

Su pulso no era firme y la caligrafía que esgrimía estaba lejos de ser perfecta, pero podía leer y copiar siguiendo la ayuda del hilo de lino que usaba como guía para que sus renglones no se torcieran. Eso era todo lo que se esperaba de ella. La tarea resultaba ser, en cierto modo,

sencilla. A pesar de sus trazos mal logrados y la falta de armonía entre caracteres debido a sus torpes manos adolescentes, era evidente que podría cumplir con el trabajo encomendado.

La niña llegó al párrafo donde se describen los cuatro ríos en torno al paraíso: “el Pisón, que rodea el país de Javilá, donde hay oro, bedelio y ónice. El Guijón, que rodea al país de Kus; el Tigris, que corre al oriente de Asur, y el último río es el Éufrates”.

Ruth notó que el primer río: el Pisón, cuyo origen es incierto, mereció mayores descripciones que los otros. Se dice que rodea el país de Javilá cuya ubicación, en palabras de los rabinos y los estudiantes de la Torá, es desconocida. Luego estaba el Guijón, que hace referencia al Nilo Azul en tierra etíope, cuyas aguas, luego de fluir por los desiertos, le dan vida al mismo Egipto. Entonces se menciona al Tigris en tierra del imperio persa y la antigua Babilonia. Finalmente se hace referencia al Éufrates, caudal que no requirió descripción alguna, como si el autor del texto lo percibiera cotidiano, como si el relato mismo hubiera sido escrito a sus orillas, en un lugar completamente distinto al Sinaí de la tradición.

Ruth intentaba seguir transcribiendo de forma literal, pero la inquietud que le despertaban aquellos detalles de la geografía sagrada la consternaban. Sentía una necesidad febril de encontrar la ubicación del Pisón y hallar alguna pista, por más pequeña que fuera, del ignoto reino de Javilá.

Aquella incertidumbre le causaba fascinación. ¿En qué topografía perdida los cuatro brazos de agua encontraban su fuente común? ¿Qué aventurero de la antigüedad habrá sido atormentado por la despiadada curiosidad de los orígenes del manantial primigenio? Los maestros de la ley jamás reparaban en tales cuestiones.

En una suerte de travesura legendaria, impregnada de una inocencia inconcebible, Ruth decidió añadir una pequeña línea al texto y escribió:

“El Pisón atraviesa los reinos de oro, ónice y bedelio que duermen bajo la tierra. El país de Jávila está tallado en las cavernas y es la frontera del mundo oculto que yace bajo los pies de los hombres. Las fuentes del paraíso están escondidas en manantiales subterráneos, lejos de los reyes del mundo”.

El texto era corto, pero estimuló el corazón de la niña, que latía con violencia, como si se le quisiera salir del pecho.

Aquella primera fantasía despertó algo en el corazón de Ruth. El mundo cobraba un sentido más amplio. En su mente había ríos gigantescos que atravesaban las profundidades de la tierra y países enteros esculpidos en roca. Reyes justos habitaban las cavernas y tenían jardines inconcebibles hechos por las raíces de los bosques a los que contemplaban desde abajo. Ruth imaginó los blancos ropajes de los nobles habitantes de reinos perdidos, sus ojos agrandados por la penumbra, los ejércitos de luciérnagas que iluminaban sus salones. Las imágenes en su cabeza no la dejaban quieta. Movía las manos y el cuerpo a medida que pensaba en una nueva fantasía.

La muchacha seguía copiando las letras del Génesis, la versión griega del Bereshit, pero ahora le era imposible no alternar pequeñas líneas explicativas junto a textos que le parecían estimulantes. La narración de la caída del género humano y la descripción del árbol de la ciencia le inspiraron varios relatos intercalados cuya redacción minuciosa procuró alegremente.

No pudo evitar realizar una descripción exhaustiva del tatuaje que dios trazó en la piel de Caín luego de que este matara a Abel, haciéndose inmortal. Explicaba las curvas de tinta en su brazo derecho como una constelación de estrellas desconocidas. Una serie de líneas espiraladas definían ideas esenciales en lenguas angélicas que marcaban al primer homicida en carne y espíritu.

Ruth no podía parar. Se extendía libremente sobre cualquier tema que estimulara su fantasía e intercalaba cada párrafo de la Septuaginta, la traducción griega de la Torá, con sus propias versiones del universo.

La pequeña escriba trazó dinastías completas nacidas del fruto de los amoríos entre las mujeres de la tierra y los ángeles del cielo que extendieron su linaje durante generaciones. Explicaba las razones de su alianza, sus guerras tribales, su poesía, su ropa, la naturaleza de sus armas. Los cantos de vida y muerte que los héroes de la antigüedad declamaron al cielo cuando las primeras gotas del diluvio empezaron a anegar la tierra.

Describió la primera destrucción del mundo por causa del agua. Los intentos desesperados de los reyes por aplacar la ira de la divinidad a

través de millones de sacrificios. Los sollozos. Los inmensos edificios desmenuzándose bajo las olas. Las ideas, las máquinas y los libros que se perdieron bajo la marea descomunal. Ruth intercalaba referencias fantásticas con párrafos de la Torá, a veces a modo de comentarios y a veces como elucidaciones de eventos que el texto dejaba a oscuras.

La niña empleó más papiro que el usado en el rollo original para completar la copia del primer libro sagrado. El material era costoso, pero José recibió una notable cantidad de manos de los hombres de la sinagoga. La diferencia de volumen no despertó demasiadas suspicacias en su padre. Él procuraba mantenerse alejado de la niña mientras esta, sentada en un rincón iluminado de la casa, manchaba su pluma con tinta y trazaba con renglones torcidos la creación del mundo.

La copia del Génesis llegó a Filón por intermediación de sus discípulos. No tardó en leerla. Fragmentos literales del génesis se entretejían con párrafos atestados de una imaginación torpe y despiadada.

La lectura colmada de metáforas desesperadas e historias inverosímiles no despertó indignación ni enojo en el maestro, sino una especie de

cálida misericordia. En las ingenuas reflexiones de la niña casi podían oírse los cantos de un ave enjaulada cuya voz intentaba acariciar algún fragmento del mundo tras los barrotes. Filón susurró a su gato, mientras le acariciaba la barriga con desenfado:

—Mientras más profunda es la mazmorra del cautivo, más coloridos son los mundos que talla en el aire para resistir el encierro. Pobre niña.

Esa madrugada, a la hora de la tercera vigilia, Filón despertó sobresaltado. Su corazón latía rápidamente y con violencia. Aquella conocida conmoción lo embargaba. Era la hora del lobo. Un profundo sentimiento de culpa anegaba sus sentidos, aunque nunca podía definir claramente sus orígenes.

Tenía miedo de morir, respiraba con pesadez mientras trataba de recordar algún salmo o alguna referencia a los profetas que le devolviera la paz. Si no fuese por el cotidiano acontecimiento de aquellos desbordes de pánico en medio de las sombras, muy probablemente habría perdido la fe en el dios de Israel hace muchos años.

Paradójicamente, el miedo lo mantenía atado a la fe. El miedo indistinto, indefinido. El miedo a

morirse atado a una culpa imprecisa. Imprecisa porque aunque el secreto de sus años en Tesalónica y la incertidumbre de sospecharse un asesino y un ladrón lo conmovían todo el tiempo, no sentía que ningún evento de su historia personal explicaba plenamente sus terrores nocturnos. Tenía la certeza de que sus miedos venían de un lugar más remoto, incluso ajeno a su propia experiencia vital. En todo caso, aquella angustia sorda era la única ligadura que lo sostenía a la veneración del dios de Abraham.

Sentía que el corazón se le salía del pecho. Albergaba la convicción de haber palpado una especie de realidad más auténtica que aquella que constituía su cotidianidad. Como si la vida misma fuese un sueño, suyo o de alguien más. Como si algunas veces durante las madrugadas pudiera ser consiente de otra existencia, más evidente y tangible.

Momentos después, ya plenamente despierto, llegaba la angustia. La seguridad de que su alma estaba perdida y que ciertamente merecía la muerte, sin una razón que pudiera conceptualizar y distinta a cualquiera de las circunstancias en su historia de vida. Era reo de algún tipo de transgresión superior a cualquier

delito humano. Esta certeza deterioraba su sangre.

Rememoró el mercado junto al puerto de Tesalónica durante su juventud, el hambre, la túnica sucia, la envidia. El rostro de aquel joven hebreo adinerado a quien limpiaba los zapatos y servía como animal de carga los sábados, cuando este se recostaba en un catre de seda y se dedicaba a leer por horas libros misteriosos.

A veces se sentía mal recordando aquella cara esculpida por el dolor y la súplica. Pero esa no podía ser la verdadera causa de su angustia. Claramente no. Debía existir un abismo más profundo que trataba de arrastrarlo y cuya naturaleza no lograba poner en palabras. La certeza de una honda verdad solía insinuársele durante segundos a esas horas.

Incapaz de dormir de nuevo, Filón se sentó sobre su lecho. Encendió la lámpara de aceite y algunas velas. Tomó la malograda versión del Génesis transcrito por Ruth y se dispuso a seguir leyéndola. Continuó desde el relato del joven José, en la parte en que fue enviado por su padre Jacob a buscar a sus hermanos. Al llegar a Siquem, el personaje halló un hombre solitario que le preguntó: “¿Qué buscas?”. A partir de ese pasaje la niña había alterado los

textos añadiendo explicaciones sobre tal escena.

A ese acontecimiento aparentemente sin sentido, la niña le dio una interpretación nueva. Ruth explicaba que aquel personaje era el ángel del señor y que la respuesta de José, quien ya estaba siendo visitado por la divinidad en sueños, debió haber sido: “Estoy en busca del dios de Israel a quien mis padres sirven sin conocer”, y que aquella sola respuesta hubiera cambiado su destino y el de las generaciones de sus hijos para siempre. Pero el chico tuvo miedo de descubrir lo que latía en su corazón y en lugar de ello respondió: “Busco a mis hermanos”. Como consecuencia, dios le dio lo que buscaba. Viajó a Dotán, donde lo arrojaron dentro de un pozo y lo vendieron como esclavo.

Pero ¿y si se ocultaban en la Torá todos los otros senderos de la vida de José? Aquello que fue, aquello que pudo haber sido, aquello que debió haber sido y aquello que no debía pasar. ¿Qué tal si todos los eventos ocurrieran de forma simultánea en la palabra de dios, de la misma forma que los cuatro ángeles en el libro de Ezequiel son capaces de mover el trono celeste a los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo?

* * *

Durante el Sabbath, rabí Filón salió a caminar por la playa. Mientras sentía el calor benigno de la arena bajo sus pies descalzos, divisó a Ruth, quien en compañía de otros niños jugaba a levantar castillos junto al mar. El maestro se acercó a la pequeña y le saludó diciendo:

—Paz a ti.

Ruth levantó la mirada y con una sonrisa en los labios preguntó:

—Oh, querido Filón, ¿por qué no me contaste?

—¿Qué es aquello que debía haberte contado, querida niña? —respondió el sabio.

La muchacha, que levantaba torres junto al mar, le contestó:

—¿Por qué no me dijiste que Nimrod, el primer rey de Babilonia, asesinó a todos los elefantes de la antigua Uruk como un regalo de bodas para su amada y de cómo esta se quitó la vida sin dejarle consumar su amor? ¿Por qué no me hablaste de la lengua única de Babel, que tenía un sustantivo para cada objeto del universo? ¿Por qué nunca nos enseñan aquello en la sinagoga?

Filón se sintió aturdido. Si la niña decía estas cosas a modo de broma, cualquiera podría asegurar que sus palabras nacían de una inteligencia perversa que buscaba blasfemar el entendimiento de los hombres. Si, por otro lado, Ruth hablaba en serio, como parecía, entonces era menester considerar la posibilidad de que hubiese perdido la razón. Si Ruth no estaba loca y tampoco era un alma perversa, entonces probablemente estaba hablando desde la boca de dios. El rabino sintió un temor parecido al que se experimenta cuando se está frente al océano.

—Aquellas cosas no se encuentran en los libros de Moisés, querida Ruth, ¿cómo has llegado a pensar que tales hechos acontecieron así?

Ruth seguía jugando en la arena. Varios niños la secundaban entre risas y cantos.

—Todo aquello está en la ley —respondió la pequeña mientras reía—, ha estado ahí siempre, pero nadie parece haber podido leerla con claridad.

Sintiéndose extrañado Filón trató de cambiar el tema de la conversación y preguntó a la niña sobre los castillos que construía. Ella contestó:

—Esta fortaleza que puedes ver bajo mis manos se llama Curupaytí, y es el escenario de

una cruel batalla. Tres reyes aliados se han conjurado para destruir a un pequeño y obstinado general. Con el tiempo, dada la superioridad de su fuerza, lograrán su objetivo. Pero la batalla que estoy modelando constituirá un gran fracaso para los invasores. Esta edificación de arena y agua de mar entre mis dedos será la tumba de tres ejércitos. Ya puedo escuchar el llanto de las mujeres que esperan a sus hombres. Es muy triste y de algún modo también es muy hermoso. Aquel tipo de muerte, la que acontece peleando sin esperanza, tiene algo puro, una luminiscencia sutil como la de algunas estrellas que apenas logramos distinguir.

Los otros niños junto a Ruth jugaban a matar o morir delante de los castillos. Algunos reían y otros se apenaban de las cuantiosas pérdidas.

—Dulce pequeña, por favor detente —pidió Filón profundamente conmovido.

Pero Ruth se empeñó en seguir moldeando el polvo de la tierra.

—Hay algunos discípulos de Platón —dijo Filón viendo que la niña se empeñaba en continuar su juego— que piensan que el universo fue obra de un ángel malvado, una criatura a la que llaman

el “demiurgo”, el alfarero. Ellos explican el sufrimiento del mundo y el problema del mal al considerar la posibilidad de que el cosmos fue obra de un grupo de ángeles traviesos y perversos. En mi fe y la fe de mis padres, aquella especulación es falaz. Para los hijos de Israel, fue dios quien exhaló la creación a través de la palabra y, cuando terminó todo, “vio que era buena”.

—¿La fe de tus padres? —susurró Ruth.

Filón se inquietó por aquel murmullo que sonaba a reproche. Pretendió no haber escuchado nada.

Ruth estaba desmoronando una de las torres de arena con el tobillo. Su semblante cambió y en la parte más lejana del horizonte pudieron distinguirse varios relámpagos. La niña miró fijamente hacia el mar como si su único deseo en la tierra fuese correr sobre el manto azul de las olas y perderse en aquella inmensidad helada. Pensó que las gaviotas eran los seres más afortunados de la creación y que la libertad era el elemento más valioso de todos los universos posibles.

Meditó varios segundos, como si estuviese tomando una decisión de gran importancia,

luego, casi resignada, volteó hacia el filósofo y abriendo la boca le dijo:

—Dios conoce tu verdadero nombre.

Luego de escuchar esas palabras, el filósofo tornó su semblante y emitió un suspiro fatigoso, casi como el gemido de un animal.

Viéndolo herido y asustado, Ruth se puso en pie y corrió a abrazarlo.

Los otros niños continuaban jugando a levantar y defender castillos de arena mientras gritaban:

—¡Ñorairô, ñorairô!

* * *

Las monedas de plata endulzaron notablemente la vida en casa de Ruth. Ya no había bofetadas ni recriminaciones. Durante aquellos días rara vez su padre la llamó bastarda. Lo mejor de todo era el tiempo. Podía sentarse a copiar los papiros en silencio durante horas. La constatación de gozar de la protección de Filón la tranquilizaba hondamente.

Empezó a transcribir el segundo libro de Moisés, el Shemot, que en la versión griega es llamado Éxodo. Esta vez procuró realizar una copia

minuciosa intentando no añadir ningún comentario al nuevo rollo y guardándose las especulaciones para sí misma.

El Éxodo es un tratado sobre la esclavitud, precisamente aquella que empezó con la venta de José a los ismaelitas. La esclavitud se hereda. Se impregna en la vida de los hombres por generaciones. Su tiempo puede medirse en pirámides.

Copiando el libro, Ruth aprendió que con el tiempo los esclavos empiezan a sentir un apego gozoso hacia sus cadenas; disfrutar la injusticia sobre sus carnes como una virtud, rumiar un odio mezquino y cobarde endurecido por las generaciones. Enunciar un idioma de fango.

Lo esclavos crean su propio lenguaje basado en oraciones que invitan a la servidumbre.

Con el paso de las estaciones se genera un balance. La carne de los caídos se acostumbra al sometimiento. Muerto José, el príncipe de la promesa, y olvidado su nombre, los hijos de Jacob se multiplicaron sobre la tierra de Egipto.

Los granjeros hebreos perdieron sus tierras, pues administrarlas les resultaba difícil. Trabajar de jornaleros les aseguraba el pan sin arriesgarse en los meses de sequía. Los

labriegos se aferraron a su dependencia y llegaron ser siervos. Los siervos se volvieron esclavos cuando su lenguaje se transformó. Aprendieron a hablar para complacer. La humillación se tornó el protocolo común de las conductas y la moneda de cambio más apreciada.

No es el trabajo lo que define el sustento del esclavo sino su astuta capacidad para complacer. Ruth entendió que no era el músculo de los amos lo que sometía a los israelitas.

Con el pasar de los años, los israelitas se hicieron tan numerosos como el ejército del faraón. Hubieran podido cortar las gargantas de sus señores mientras dormían. Hubieran sido capaces de tomar las pirámides y hacerlas fortalezas impenetrables. Pudieron pelear, pero no lo hicieron. Su corazón ya estaba sometido.

Los egipcios tenían la inteligencia, las letras y la sabiduría. Conocían los secretos de la germinación de la espiga, entendían los tiempos de las aguas, la especulación de las nubes.

Los súbditos del faraón generaban extraordinarios excedentes en las cosechas. Gentes de todo el mundo acudían a ellos en años de hambruna para no morir. Los israelitas

aprendieron a complacer a sus amos con la misma eficiencia de los animales de compañía.

—La libertad no es el estado natural de los hombres —pensó Ruth—. En el desierto los animales procuran llenarse la barriga y dormir protegidos, aunque tengan que revolcarse en la mierda. Las personas que se sienten confortadas con la dosis de esclavitud que les ha procurado la vida no son mejores que ellos. La ausencia de dolor bajo tales condiciones es un pacto con la cadena. Por eso, solo cuando el segundo libro de Moisés menciona que los israelitas clamaron al cielo en desesperación, solo entonces recibieron un soplo del viento de dios.

“La libertad es la substancia más valiosa del universo”, pensó la niña. Ciertamente los planetas y las constelaciones se movían de modo predecible, como enseñaban los filósofos matemáticos de los que el rabí Filón le había hablado.

—El sol y la luna son gloriosos, pero no libres —susurró para sí misma—, ninguno de estos cuerpos puede considerar moverse en una dirección distinta a la ruta que le ha sido marcada. Lo mismo aplica a las mareas del océano y las corrientes de los ríos. El hombre,

por otro lado, se parece a dios porque puede imaginar. La libertad consiste en transformar la naturaleza de modo que esta se acomode a lo que somos capaces de pensar. Esta circunstancia nos diferencia de las bestias y los astros.

—Tal vez por eso —susurró Ruth— en el preciso momento en que Moisés asesinó al capataz egipcio al ver que maltrataba a un esclavo hebreo, dios giró la cabeza y se fijó en él. Una vez que los ojos del señor se han fijado en ti, tu carne será contaminada por la luz.

Moisés necesitó cuarenta años para lograr comprender aquella única palabra que le fue dada, porque las palabras de dios no pueden ser pronunciadas en segundos como las vanas frases de los hombres.

Solo cuando el elegido se volvió anciano; luego de haber sido un fugitivo, después de haber amado a Séfora bajo tiendas de piel de camello, solo después de haber apacentado ovejas y bebido leche de cabra durante décadas en el desierto, solo entonces llegó a entender lo que se le dijo —concluyó la niña.

Ruth se imaginaba a Moisés tartamudeando torpemente frente al rey del África, pidiéndole

que abriera su puño y soltara al millón de esclavos que sostenían la economía de su imperio. Su mano morena arrojaría un palo al suelo de mármol para que, a ojos de toda la corte, se transformara en serpiente. Visualizó también la risa burlona del monarca cuando sus propios hechiceros lograron replicar el milagro y generaron serpientes más grandes y más hermosas.

Al atardecer, el anciano del desierto dejaría el salón humillado y maldiciendo a dios dentro de su mente:

—¿Para qué me has enviado a este palacio? —murmuraría—. Estaba muy cómodo en Madián, junto a Séfora, viendo a nuestro hijo hacerse experto en ordeñar cabras. Ella y yo contemplaríamos el atardecer de la mano, casi siempre había cerveza y uvas para la cena. Ahora estoy en medio de esta ciudad de piedra rodeada de grabados que no entiendo y a punto de que los soldados me rebanen la garganta. Los sacerdotes de Apis se revuelcan de risa replicando cada uno de los milagros que me has mandado hacer.

Los padecimientos de Moisés, aparentemente innecesarios, le daban a entender a Ruth que, tal vez, el objetivo de todo aquel derroche de

prodigios fallidos tenía como fin último despojar al hombre del desierto de todo sentido de seguridad en sí mismo y en el dios de las montañas.

A Ruth le fascinaban las mentiras sagradas que se enunciaban en el libro del Éxodo. Así pues, cuando el faraón manda a asesinar a los niños varones de los israelitas por medio de las parteras, estas le mienten al rey diciendo que nunca llegan a tiempo y no logran cumplir la orden imperial de asfixiar a los bebés. Dios recompensa a las embusteras. Posteriormente, el mismo creador del universo manda a Moisés pedir al faraón que deje ir a su pueblo para que vaya solamente a tres días de camino a realizar rituales de adoración; le miente claramente, pues su intención es que no regresen nunca.

Ruth sonreía mientras pensaba: “Dios puede aplaudir la mentira y también puede mentir”.

Moisés seguramente habría estado harto de dar todas aquellas caminatas a su edad y teniendo que sufrir la necedad de una legión de esclavos que no reparaba en las ventajas de la libertad.

Mientras en la sinagoga azul los rabinos buscaban narrar las penalidades de los esclavos en Egipto como elementos fundacionales de su

tradición, la lectura minuciosa del Éxodo llevó a Ruth a sentir misericordia por dos personas. Dos hombres que habían quedado atrapados en aquella violenta marea liberadora.

El primero era el desventurado faraón. El Éxodo deja claro que dios endurecía el corazón del monarca para evitar que este liberara a los esclavos. Daba igual si movido por el hedor de la sangre, la repugnancia de las ranas o el picor de las moscas, Faraón habría deseado liberar a los molestos hebreos. No tenía opción. El mismo dios endurecería su cabeza y lo cegaba con sólida necedad a fin de manifestar su gloria.

Un evento se desataba tras otro en medio de un doloroso torbellino hasta el punto en que el ángel de la muerte en persona descendió para degollar al hijo del rey. Faraón jamás tuvo alternativas. Estaba condenado a odiar, maldecir y asesinar movido por las emociones más básicas del hombre; hasta que finalmente guiaría a sus tropas a la asfixia bajo las aguas del mar rojo. Faraón no era un ser libre. Al igual que los cauces de los ríos, era un esclavo de las fuerzas elementales que mueven la naturaleza.

El otro hombre era Moisés. Tartamudo, anciano y agotado. El pastor del desierto estaba obligado a tolerar la torpeza de un millón de esclavos,

quienes, ante cada pequeña tribulación, clamaban por regresar corriendo a comer cebollas en Egipto. Moisés tampoco era libre. Trató de decirle no a dios varias veces, pero las consecuencias de negarle algo al creador son devastadoras. Él mismo había visto cómo el reino de Egipto se desmoronaba ante cada negativa de su señor.

Había, sin embargo, un pequeño y constante margen de movimiento para Moisés. Él podía negociar con el hacedor, quejarse, maldecir el día de su nacimiento en voz alta y blasfemar a solas.

El Éxodo era la historia de dos esclavos. ¿En qué se diferenciaba la esclavitud de Moisés frente a la de Faraón?

A Ruth ya no le impresionaban las historias increíbles. La majestuosa crueldad de las plagas no estimulaba su fantasía. La imagen del Nilo, desbordado por sangre putrefacta, no la conmovía.

Le emocionó, sin embargo, el sacrificio del cordero cuya sangre fue usada para teñir los dinteles de las puertas de los hebreos a fin de que el ángel de la muerte no despedazara a sus hijos.

¿Por qué era necesaria la sangre de un inocente para liberar a un condenado? ¿Qué podría haber en aquel pequeño hilo rojo que atemorizara tanto a una criatura monstruosa como un ángel? Aquel evento despertó su fascinación. “Los ángeles son criaturas poderosas que asesinan niños y le tienen miedo a la sangre de los corderos. No confío en los ángeles”, pensó.

¿Qué sueños horribles habrán frecuentado las mentes de los dos esclavos, Moisés y Faraón, la noche de la muerte de los primogénitos? ¿Podían los hijos de Egipto percibir el hedor en las manos descompuestas del ángel?

Moisés debió haber despertado varias veces durante la noche atormentado por la culpa mientras escuchaba el llanto de las mujeres egipcias que hallaban a sus niños degollados por aquella pezuña sarnosa y arcaica.

¿Cuántas veces el profeta del desierto maldijo su propia vida y desató insultos contra su dios en lo más íntimo y oculto de su corazón esperando no ser escuchado? ¿Qué tipo de visiones espeluznantes tuvo Faraón mientras, recostado en su lecho de plumas y joyas, presentía al espíritu de los difuntos lamer el rostro de su amado primogénito?

No existe temor más grande que el miedo a lo desconocido. Ambos, Faraón y Moisés, habían conocido al dios de Abraham desde orillas distintas, pero ninguno de los dos comprendía los abismos de su amor o su furia, que al final de cuentas parecían ser lo mismo.

Ruth trató de percibir los sueños de ambos hombres desde la distancia del río oscuro que atraviesa el tiempo. Intentó saborear la amargura y el odio congelado del monarca de Egipto y la culpa hirviente del pastor tartamudo que había sido seducido por dios para liberar una nación de esclavos. Esclavos que no eran en nada mejores que los egipcios a los que ahora atormentaba.

Faraón cantó junto a la cuna de su hijo y lloró la muerte de sus caballos. Podía desmontar las piedras de montañas enteras, pero jamás dejó de ser el más vulnerable de los hombres en las madrugadas, a la hora de las pesadillas. Moisés pudo haber comido queso de cabra y panes sin levadura durante sus años de pastor en las zonas áridas de Madián, pero cagaba o roncaba exactamente del mismo modo que los hombres más poderosos de cuantos reinos poblaban la tierra. Ambos, vistos desde lo alto, eran el mismo hombre. Esclavo y amo, tirano y

liberador. Restando el insignificante azar de las circunstancias, nada los diferenciaba.

La noche que Ruth terminó de copiar del Éxodo tuvo un sueño: vio a un hombre caminando sobre las aguas del Nilo. Era moreno, de baja estatura y con escasa barba grisácea. Su rostro le era familiar. El caminante tenía los ojos enrojecidos por algún hondo dolor, una pena antigua anterior a cualquier circunstancia. Las constelaciones brillaban de forma siniestra. La muchacha sintió que las estrellas sentían celos de aquel caminante insignificante. La envidia de los astros podía palparse en el aire. Mientras el anciano paseaba los cocodrilos, los peces y los pájaros entonaron un responso melancólico; como los cantos tristes pero hermosos que los nubios entonaban junto al fuego al anochecer.

Aunque todos los animales amaban al hombre solitario, lloraban, de la misma manera que lloramos al recordar una persona amada que se ha marchado muy lejos.

El hombre caminó hacia la orilla, lentamente. A lo lejos, en el horizonte incierto, podía distinguirse un delgado hilo de luz que bordeaba la arena. Los animales del río susurraban su canción antigua. El lejano fulgor se fue ensanchando lenta pero gradualmente hasta

convertirse, con el paso de los minutos, en un torrente dorado. Un río de luciérnagas anegó poco a poco el valle desierto. El hombre solitario se sintió conmovido por la belleza de la luz que se derramaba sobre las cada vez más cercanas dunas. Un millón de hombres y mujeres caminaba sobre la arena con antorchas en sus manos y conformaba un torbellino de fuego.

Miles de voces entonaban una canción. En el sueño Ruth podía entender aquellas palabras lejanas y sentir cómo el lenguaje de los esclavos empezó a transformarse en un idioma nuevo. Tan imperceptible como deben ser las conversaciones de los árboles más viejos.

Entonces reconoció uno de los rostros de la multitud; supo su historia, la de sus padres y la de sus animales de granja. Aprendió a amarlo y a compadecerse de sus pequeñas ruindades. Luego miró otra cara, la reconoció y entendió su famélico deseo de ser libre. Se dejó anegar por su desaliento para finalmente percibir el mínimo y sutil aroma de la esperanza. Luego reconoció otro rostro, y otro, y otro luego de este hasta estar segura de conocer perfectamente a cada una de las manos que sujetaban las antorchas.

Vio jornaleros, criadores de becerros, lavanderas, ladrones, putas, asesinos,

pescadores. Tuvo la certeza de cada uno de los recuerdos que albergaban desde la niñez y aun de todo aquello que ya no recordaban ni ellos mismos. Los oía murmurar en un idioma que reconocía nítidamente. Se saturó de los sentimientos de cada alma, hombre, mujer o niño en la muchedumbre de las antorchas.

Ruth levantó los ojos al cielo. Contempló los astros. Dedujo las probables constelaciones que podrían formarse desde sus diversas danzas y azares, luego bajó su mirada hacia la tierra haciendo las mismas conjeturas con cada rostro de la multitud.

El anciano caminante del desierto volteó el rostro y la miró de frente. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Extendió su mano suplicante tratando de tocar la de la niña, como si aquella operación fuese el acto más importante de su existencia.

Ruth despertó. Rememoró las canciones de los esclavos y de manera secreta recordó el número exacto de estrellas en el cielo.

* * *

La versión del rollo del Éxodo copiado por Ruth llegó a manos de Filón de Alejandría. La transcripción era nítida. Ruth reprodujo

rigurosamente el texto sin alterar en absoluto una sola coma. El filósofo revisó el manuscrito cerciorándose del trabajo de la niña cuya caligrafía había mejorado notablemente desde la última vez.

Con el pasar de los días, un detalle llamó su atención. La lectura del manuscrito salido de la mano de la pequeña generaba en Filón un efecto extraño. Leerlo lo confortaba.

Durante las madrugadas, cuando despertaba agobiado por sus terrores nocturnos, enfocaba su mente en lo pasajes bíblicos que había leído desde la infantil caligrafía y sentía que su cuerpo se llenaba de una sensación cálida y benigna. Eran las mismas palabras que conocía desde la juventud, pero de algún modo cobraban un sentido distinto si estaban redactadas por el dedo de la pequeña.

Filón sintió que la cercanía de Ruth aliviaba de algún modo sus constantes pesadillas y el cotidiano tormento que lo acechaba durante las noches. La sensación era irracional pero tangible. Por esa causa pidió a José, padre de Ruth, autorización para tomar a su hija como uno de sus discípulos de forma excepcional. Por supuesto, ofreció a la familia una importante compensación económica.

María y José meditaban lo que acontecía con su hija y lo guardaban en su corazón.

Mientras tanto, la niña fue invitada a varias sesiones de lectura y estudio. Filón y sus discípulos se reunían todas las tardes en la inmensa biblioteca junto a las aguas esmeralda del mar. Comían uvas y contrastaban las razones de los profetas hebreos frente a la helada poesía de los filósofos griegos.

El maestro les hablaba de Anaxágoras, quien predicaba que las reglas del universo giraban en torno al nuon, es decir, la mente universal:

—La razón es la base de cada ley natural. Las migraciones de los pájaros y la precisión de las estaciones han sido calculadas por la inteligencia de dios —decía mientras leía varios párrafos del filósofo cuyos rollos había tomado de los inmensos estantes de la biblioteca.

Los estudiantes, jóvenes y dinámicos, respondieron con una lluvia de citas y referencias de otros pensadores de la antigüedad. Algunos defendían a Pitágoras y su universo lógico basado en la danza de los números. Otros aseguraban que el movimiento era en sí mismo una substancia; recitaban largas porciones de los libros de Heráclito, quien

defendía que la única certeza del universo era el cambio.

Cada uno de los chicos quería demostrar a los demás cuán entendido era en el pensamiento de los clásicos. La tarde se llenó de opiniones y disputas. Ruth, quien llegó como invitada, escuchaba en silencio y complacida a sus nuevos amigos. Mientras debatían, ella pensaba en Diógenes de Sinope, quien seguramente habría tenido un gato gris con pequeñas manchas blancas al que le faltaría un ojo. El felino se llamaría Demetrio y ronronearía panza arriba las noches de verano.

Pasadas algunas tardes, y viendo que la niña escuchaba en silencio las lecturas de los filósofos, Filón le preguntó:

—Oh, querida Ruth, por todos es notoria tu inteligencia y tu interés por las letras; sin embargo, hemos reparado en el hecho de que te resistes a discutir con nosotros las razones de los pensadores griegos. ¿Tienes algún motivo para tal silencio?

Ruth respondió:

—Rabí, los filósofos cuyos escritos colman los estantes de esta biblioteca me parecen magníficos, ciertamente su pensamiento es

sofisticado y está empapado por la pasión. Me conmueve particularmente el padecimiento que soportó Esquilo luego de que un águila le arrojara una tortuga en la cabeza, ¿sabes que lloraba y reía al mismo tiempo mientras agonizaba? Le perturbaba el dolor de su cráneo roto, pero al mismo tiempo le divertía el hecho de que aquella tarde había presenciado una obra de su autoría en la que un grupo de soldados, desertores de la guerra de Troya, navegaban hacia los confines de la tierra para encontrarse con la cabeza de la tortuga que sostiene el mundo a sus espaldas y preguntarle cuál debería ser el camino que el hombre debe emprender para buscar la paz. Su muerte, inminente, le pareció el evento más irónico y gracioso que jamás presenció. Esquilo murió aplaudiendo la gran comedia de su vida, esta es la verdad, oh sabio Filón.

Entre los discípulos y el maestro estalló un silencio sólido que se extendió durante varios segundos. De repente todos soltaron una unánime carcajada. Filón también reía, no con malicia, sino con la alegría natural de haber escuchado una historia disparatada.

—Oh, Ruth, ciertamente tus fantasías superan las obras más avezadas del mismo Aristófanes. ¿Qué otra cosa quieres compartir con nosotros?

Ruth alzó la mirada; vio los miles de rollos y pergaminos escritos durante cientos de años por los más delicados pensadores. Cerró los ojos y sonrió:

—Me agradan las razones de estos hombres, oh querido maestro, pero pienso que prefiero a los filósofos que todavía no han nacido. Por ejemplo, en las tierras de los bárbaros al norte de las Galias, habitará un hombre inteligente y sensible, estudioso de las lenguas de la antigüedad. Amará aquel varón a una mujer de un modo tan intenso, tan incandescente, que viéndose rechazado por ella tomará la decisión de matar a dios.

Los discípulos de Filón se vieron unos a otros asombrados, ahora nadie parecía querer reírse.

Ruth continuó:

—El joven filósofo del futuro tomará la historia de una de las caminatas de dios, un dios capaz de morir.

—Un dios que muere, ¿cómo Osiris, la divinidad de los gentiles en la isla de File? —preguntó

Néstor, uno de los discípulos más inteligentes de Filón.

—No —respondió Ruth—, este dios muere por causa de su compasión a los hombres. El filósofo de las tierras bárbaras que está por nacer matará a dios culpándole de tener misericordia por causa de su fealdad. Su corazón estará tan colmado por la amargura y el resentimiento, que escribirá hermosas elegías sobre la pérdida, así como tratados eruditos sobre la fascinación por la fuerza y el desprecio por la piedad.

—No nos gusta tu filósofo del resentimiento —digo Calistis, discípulo a quien le fascinaban los mitos del antiguo Egipto y meditaba en su corazón la posibilidad de apostatar la fe de Abraham.

Ruth respondió:

—También hay belleza en la aflicción. ¿Qué sentido tiene cantarle a la mansedumbre del camello que es feliz en su esclavitud? ¿O a la furia ciega del león, que se regocija en su ira majestuosa pero torpe? El filósofo no nacido exigirá que el espíritu de los hombres supere aquellos estados y se transforme en un niño pequeño capaz de jugar con el barro del caos y

crear estrellas. Esta sería la única forma de escapar de su universo conjetural donde los retornos son inevitables y eternos.

Los discípulos de Filón no respondieron. Ni siquiera Calisitis quien nunca perdía ocasión de poner a prueba a un interlocutor cuando veía ocasión de debate.

Tras unos segundos de silencio, Filón de Alejandría tomó la palabra:

—Querida niña —le dijo—, veo que eres bien versada en los asuntos del futuro, como si tus intereses se situaran en los porvenires soñados por el profeta Isaías. Sin embargo, quisiéramos saber cuáles son los usos que le darías a todos estos filósofos, aquellos de los que te hemos hablado y aquellos con los que especulas, para iluminar la Torá. ¿Qué maneras de leer la escritura se te antojan a la luz de nuestras discusiones?

Ruth sonrió. Todos los rostros se enfocaron en ella, no solo de los discípulos de Filón, sino de varios otros estudiosos que se congregaban en la biblioteca de Alejandría.

Tras suspirar profundamente, la pequeña habló así:

—Pues en este asunto debo decir que el señor Pitágoras tiene razón, y no poca por cierto. Creo, oh rabino, que cada personaje en las escrituras es un punto por el que cada ciudadano del mundo ha caminado, o está por caminar en algún momento.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Filón con notable interés.

—Pues creo yo, señor, que la lectura del Éxodo, por ejemplo, solo tiene sentido si es que es usted consciente de que pudo ser el Faraón bajo ciertas circunstancias, no que lo será en algún momento. También creo que cualquiera puede ser Moisés liberando a los esclavos o que lo será invariablemente. Y así con toda la escritura. No tengo duda de que cada hombre sobre la tierra puede ser David asesinando al gigante y cada nacido de mujer llegará a ser el Goliat para alguien más. Cada mujer ha sido Raquel o Rea, al mismo tiempo, o en diversos días y cada una ha obrado bajo las circunstancias de Ester o Judit. Todos los que caminan bajo el cielo son Nabucodonosor destruyendo Jerusalén y Esdras restaurando el templo. Es inevitable. Si no fuera así no seríamos capaces de entender la Torá y, de hecho, no se hubiera escrito para nosotros.

—¿Y yo, pequeña Ruth? ¿Quién soy yo? Porque pareces ser la única persona que conoce el destino de los hombres.

—Te lo diré cuando estés dormido. En sueños —respondió Ruth.

Todos los presentes soltaron una amable carcajada suponiendo que Ruth había tomado el pelo a su maestro.

Filón meditaba sobre las ocurrencias de la niña con una sonrisa pacífica. Los pensamientos que aquellos diálogos le procuraban aletearon el resto del día sobre su cabeza y lo acompañaron hasta el anochecer.

Una vez en su casa, Filón se durmió pensando en las palabras de Ruth.

* * *

La idea de una cantidad infinita de líneas capaces de atravesar un único punto le había aterrorizado desde la niñez. Los pitagóricos asignaron a las proporciones geométricas características divinas. Para Filón, sin embargo, esta posibilidad conjetural estaba más cerca del terreno de las pesadillas que de las especulaciones teológicas. El sueño que lo

visitó aquella noche fue especialmente intenso: una enorme rueda de acero se elevaba hasta tocar la bóveda celeste. La montaña circular de dimensiones oceánicas giraba sobre su propio eje y ejecutaba una vuelta completa tras varios millones de años (Filón lo había calculado de una manera secreta durante el sueño). Los hemisferios de la descomunal circunferencia se movían como un gigantesco río de acero y cobre, sin embargo, sus contornos eran imprecisos como la niebla. Esta ambigüedad le hizo sospechar que el anillo no tenía límites.

Notó que mientras la parte exterior de la rueda se movía como un torbellino, el movimiento tendía a ser más leve conforme se acercaba al centro, y disminuía gradualmente hasta llegar a un estático y helado punto axial. Un centro inmóvil.

Este fenómeno lo perturbó. Aquel punto, monstruosamente pequeño (en sueños podía distinguirlo), permanecía inactivo, como un microcosmos congelado. Atrapado en su eternidad. Suficiente en sí mismo. Esta rigidez absoluta determinaba la infinitud de radios que podían derivarse de él. Cada radio de aquel único punto determinaba la suma completa de todas las posibilidades del cosmos.

Filón despertó en medio de un severo terror nocturno. Algo que no podía definir lo asfixiaba. Tenía la certeza de haber experimentado una especie de realidad, más concreta, que desbordaba la cotidiana realidad de los sentidos.

Se levantó de la cama y, movido por un reflejo, prendió la luz de la habitación. Detrás de la ventana podían verse las luces de los edificios junto al puerto. Siempre había sentido que aquellas altas torres de concreto junto al mar pertenecían a una especie de paisaje de orden mítico anterior a cualquier concepto de urbanismo. Apoyó su cabeza contra el cristal y trató de adivinar los contornos del océano. Prendió un cigarrillo.

Filón entendió que ya no podría dormirse de nuevo, le pareció natural salir a conducir, sin una trayectoria fija, como solía hacer en las noches de incertidumbre.

Entró al ascensor, bajó a los parqueaderos y se metió al auto. Dejó la ventanilla abierta para sentir la brisa en el rostro. Eran las tres de la mañana, pero las avenidas de la zona central de Alejandría mantenían un insistente tráfico. Tomó la ruta sur hacia el lago Mariout. Le gustaba recorrer aquella autopista escoltada por

palmeras y voltear tras las colinas donde los coptos colgaban los barrios. A Filón le placía imaginar que los collados obedecían a un orden de tiempo distinto en el cual las civilizaciones humanas serían eventualidades y accidentes pasajeros.

Importunado por la potencia del viento, cerró la ventana del auto y dejó sonar algo de música.

Reflexionó sobre sus circunstancias presentes y no encontró sino razones para sentirse tranquilo y satisfecho consigo mismo. Hace pocos días su proyecto de condominios en Tolip había ganado una licitación, contaba con todos los permisos para iniciar las obras de construcción. Debía sentirse bien. Sin embargo, y de un modo inexplicable, las buenas noticias le causaban angustia. Un sentimiento a todas luces inexplicable.

Conducir en la oscuridad por las autopistas y las calles subalternas en torno al lago Mariout era una especie de ritual que generaba en él una permanente sensación de sosiego. “El lago ha estado aquí antes que todos nosotros”, pensó, “sin duda debe albergar cosas, algún tipo de idea permanente y trascendental”.

El día anterior hubo enfrentamientos violentos entre las facciones radicales musulmanas que irrumpieron en medio de una peregrinación religiosa copta. Decenas de personas resultaron mal heridas y un muchacho de doce años llamado Esteban perdió la vida al ser pisoteado por la multitud.

Filón reflexionó sobre cómo las pasiones humanas, tan pequeñas y banales, pueden tener resultados eternos como la muerte. Aquello hizo que pensara en la banalidad de su proyecto de condominios. Él mismo, su trabajo mecánico y carente de espíritu, eran parte de la puerilidad que reinaba en la tierra. Su proyecto habitacional, siendo completamente honestos, no era más que una eficiente conjunción de cajas de cemento efectivas para apilar cuerpos unos sobre otros. Una diligente colmena de vidas adormecidas.

Filón detuvo su auto sobre una de las colinas junto al lago. La masa de agua reflejaba las luces circundantes. Mientras divisaba aquel paisaje, conocido y tranquilizador, su mente retornó a una fantasía recurrente: la idea, o más bien la convicción, de que los puntos cardinales no constituían simplemente espacios

geográficos, sino conceptos independientes de naturaleza espiritual.

En su mente, y en sus geografías durante los sueños, cada signo de la brújula cobraba características mitológicas. Las cartografías de su mundo onírico trazaban ciudades paralelas a las que había deambulado durante el día. Ciudades parecidas a las de la vigilia en forma, pero radicalmente distintas en esencia.

Los puntos cardinales eran conceptos.

En los sueños de Filón el norte era una región solar. La luz venía del norte. Páramos y colinas pobladas de vegetación definían su cartografía. En el norte los senderos de los montes generaban paz. “El norte es benigno”, pensó Filón. Muchas veces, durante las noches, había visto un hilo rojo atado al centro del mundo que se templaba como la cuerda de un instrumento hacia las elevaciones luminosas del norte.

El sur, en sus sueños, era frío. Poblado de grandes edificaciones de concreto. Enormes autopistas, puentes a desnivel, túneles y rampas habitan el sur. Inconmensurables laberintos constituyen un vertiginoso universo donde la sensación que imperaba era la de estar perdido. Ciudades inverosímiles se extendían

pesadamente. Las masivas aglutinaciones de casas podían extraviar al viajero más experimentado, y quien estuviera en el vientre de aquella ciudad, deforme y monstruosa, podía esperar la confusión permanente que deben sentir las estrellas errantes.

El occidente era una vertiginosa pared. Una cordillera infranqueable. Rocosa en sus faldas y nevada en sus lejanos bordes. Ningún camino podía bordear aquellos montes impenetrables. Filón intentó, en sueños, atravesar el ciclópeo nevado occidental varias veces sin éxito. Podía, sin embargo, llegar hasta sus riscos y empaparse de un primitivo miedo a perderse en sus abismos. Hay una especie de belleza arquetípica en el miedo. Aquel muro de roca era el hogar de la aventura, el velo entre las posibilidades de su mente y todo aquello que no le había sido dado conocer.

El este era un valle unánime. Una carretera sirve de límite entre la ciudad onírica y el acantilado que se rompe hacia las zonas orientales del mundo. Bajo los abismos se extiende un bosque profuso, grande, pero limitado por un claro de amplias dimensiones que es, sin embargo, interrumpido por otro bosque más oscuro que el primero y cuyos límites son desconocidos.

Viejas edificaciones descansan en puntos indistintos de los valles y florestas del este. Restos de reinos cuyas épocas de esplendor acontecieron en pasados impensables; piedras levantadas por reyes cuyos nombres nadie volverá a pronunciar habitaban aquellos espacios lejanos e indefinibles.

Todos los sueños de Filón ocurrían en aquel mapa mitológico. Su existencia acontecía, invariablemente, en ese espacio permanente limitado por los puntos cardinales de una rosa perpetua. Estaba atado a la misma geografía noche tras noche de forma inevitable.

Sentado sobre el capó de su auto y mirando las luces de las pequeñas barcas pesqueras en el lago Mariout, Filón encendió otro cigarrillo.

Pensó que si la ciudad de sus sueños, aquella a la que acudía noche tras noche al dormir, estaba rodeada por una topografía fatal, lo más indicado sería buscar liberarse de aquella brújula permanente durante la vigilia. Tratar de habitar en lugares impredecibles a fin de liberarse de la perpetuidad de los puntos fundamentales que, en sueños, le eran una gigantesca celda. Hacerlo debía constituirse un imperativo moral. Pero Filón había permanecido toda su vida en esa misma franja de tierra entre

el Mediterráneo y el Mariout. Era pues un prisionero, tanto dormido como despierto.

Honestamente la vida en un departamento o un condominio le parecía atroz, casi criminal. Su labor como arquitecto y diligente diseñador de espacios cúbicos se le hacía el trabajo de un carcelero.

En poco tiempo, como arquitecto, empezaría la construcción de un nuevo enjambre que él mismo diseñó para mantener cautivas las almas de otros tantos cientos de personas. Y no podía hacer nada. Si fuese un hombre íntegro, les advertiría, les imploraría ser libres. Trataría de diseñar una construcción fantástica que ayudara a las personas habitar espacios redentores, liberadores. Un edificio poblado de pasadizos que desafiaran la tiranía de los puntos cardinales, la topografía y los accidentes geográficos. Una mansión que reflejara perfectamente el arquetipo de la libertad última: ser cualquiera de los rostros posibles desde cualquiera de las permutaciones.

Los usuarios podrían moverse libremente hacia habitaciones que representaran la diversidad de los estados del espíritu. Controlarían desde su propio arbitrio las horas de dolor, de placer o de necesidad.

Aquel trabajo, ambicioso y siempre en renovación, debería reflejar las constelaciones y cada uno de los significados ocultos escondidos en aquellos lejanos puntos de luz.

Filón fantaseaba con aquel palacio escatológico parecido a la inmensa mansión cúbica descrita por el apóstol Juan en el apocalipsis de los coptos.

Mientras meditaba en los pormenores de aquel proyecto, cuyos descomunales planos solo cabían en la imaginación, notó que amanecía.

Volvió el rostro en dirección oeste. En ese momento divisó apesadumbrado un monte fantástico y descomunal tallado en granito cuya cúspide se perdía en el cielo. Se restregó los ojos y soltó una blasfemia. Ya no podía determinar si estaba despierto o dormido.

Filón despertó en medio de un severo terror nocturno. Algo que no podía definir lo asfixiaba. Tenía la certeza de haber experimentado una especie de realidad, más concreta, que desbordaba la cotidiana realidad de los sentidos.

Se incorporó. No podía recordar lo que soñó, pero sabía que había presenciado una imagen

aterradora y esa sensación, férrea y pesada, le comprimía el pecho.

Extendió la mano y tomó la pequeña linterna junto a su catre. Vio la hora en su reloj de muñeca. Aún no era media noche. Se había dormido durante la tarde luego de beber toda la botella de moscatel con aquel estudiante ucraniano que llegó hace pocos días para unirse a las brigadas internacionales de los republicanos.

España estaba en guerra, pero no luchaba contra ningún enemigo externo, la batalla se libraba entre hermanos, vecinos y amigos. Un crimen masivo entre personas que un par de años atrás se juraron las mayores lealtades unas a otras.

Los rumores de batallas y muerte estaban cada vez más cerca de Madrid.

Felipe del Arco, a quien sus amigos llamaban Filón, no sabía nada de política, religión o ideas patrióticas. De hecho, casi no sabía nada sobre ningún tema. Una sola cosa poblaba su inteligencia y era la música. Podía reconocer las escalas y enumerar el nombre de las notas desde antes de poder caminar. Solo se sentía a salvo donde se escuchasen los sonidos de algún

instrumento. Su talento, descomunal y anómalo, era difícil de ocultar. Eso le valió la posibilidad de pagarse el pan, el vino y el jamón sin tener que lastimarse las manos con las herramientas.

Tocaba el piano donde fuera que se lo pidiesen y le daba igual quienes lo contratasen. Interpretaba con el mismo entusiasmo una fuga de Bach en la iglesia protestante o una misa de Vivaldi en el templo católico. Luego se entregaba a la reflexión beatífica entonando habaneras en el piano rojo del burdel. Solo era feliz si podía extraerle sonidos al teclado y siempre, invariablemente, buscaba ir más allá de los lineamientos de los compositores originales improvisando pasajes enteros y variaciones audaces sin que sus oyentes lo notaran o sin que les importara.

Filón nunca salió de Madrid durante toda su vida. Sin embargo, conocía el alma de los grandes maestros a través de sus partituras y a partir de ellas los pormenores de las geografías donde habitaron sus almas. Sentía que había viajado por todo el mundo cabalgando pentagramas.

Al pianista siempre le había atormentado la limitación de los sonidos de la escala armónica natural. Siete notas y cinco semitonos, una

sencilla escala de doce resonancias. Doce. Con aquella diminuta constelación zodiacal se habían escrito todas las grandes obras de la historia universal. Pero doce sonidos eran muy poco. Filón necesitaba más, muchos más ladrillos para la catedral que tenía en mente.

Primero recurrió a las matemáticas (o a su propia idea de las matemáticas), permutó cada uno de los doce tonos desde millones de combinaciones (en su mente podía permitirse aquella operación inconmensurable), calculó cada posible melodía. Trató de plasmar aquella extraña operación en sus improvisaciones, tanto en privado como en sus presentaciones públicas en las tabernas y los prostíbulos.

Su proyecto le llevó de diez años. Cuando terminó lo que según su propia percepción eran los compendios de todas las melodías factibles, no se sintió complacido. La música lo seguía inquietando aun cuando conocía, o creía conocer, cuál sería el rumbo de toda melodía posible y pensable para siempre.

Entonces se dio cuenta de que la verdadera música no estaba cimentada en las armonías, los ritmos y los sonidos. Había una fuerza invisible detrás de todo aquello. Una verdad de naturaleza angélica. Se obsesionó con esa idea.

Deseaba escribir la sinfonía de la historia, pero para ello los sonidos eran insuficientes. Necesitaba conceptos de naturaleza espiritual.

Aquella noche albergaba una tibieza incómoda que no lo dejaba dormir. Desde su habitación se podían escuchar murmullos y voces. Sus vecinos tenían la costumbre de congregarse en la sala de doña Mariela, la dueña de la casona donde vivía, y sintonizar Radio España. Las batallas que se libraban a orillas del Ebro desde hace varias semanas despertaban la incertidumbre general.

Noche a noche los madrileños se agolpaban junto a los aparatos de transistores para escuchar informes que tranquilizaban a unos y angustiaban a otros. Aquellos días los enfrentamientos parecían haberse multiplicado exponencialmente. Las discusiones en la casona iban creciendo y cada vez se tornaban más violentas.

Mientras la guerra acontecía en los campos y las trincheras, otras batallas se encendían enfrentando a padres contra hijos, novios contra amadas y vecinos contra vecinos. Los gritos, imprecaciones y reclamos constantemente terminaban en riñas y moretones.

Las noticias del recrudecimiento de la guerra civil no perturbaban a Felipe (o más bien Filón, como le decían sus amigos). Al contrario. Sintió que tal sinfonía de sangre, explosiones y muerte podría entregarle la materia prima que necesitaba para escribir la pieza de su vida.

Concluyó que necesariamente debía alistarse en uno de los ejércitos y dispararle a algo. Sentir. Sentir la ira, el odio, el terror, la culpa, la misericordia, el remordimiento, las pesadillas de los traumas. Mirar a alguno de sus compañeros perder la esperanza ante una pierna gangrenada, oírlo gritar, tomar su mano con falso interés, fingida piedad y memorizar sus sollozos para plasmarlos en el piano.

Las ciudades devastadas, el horror, la algarabía tras las falsas victorias, los reproches por la cobardía en batalla, los gigantescos remordimientos tras la devastación. Aquellos serían sus nuevos acordes, el material imprescindible para su gran obra. Debía escoger uno de los bandos y pelear.

Se vistió, se calzó las botas nuevas y salió a la calle. El ambiente en la ciudad reflejaba una agitación especial. Al parecer las recientes batallas en el valle del Ebro excitaron los ánimos de los madrileños. Filón pensó que, dadas las

circunstancias de agitación generalizada, este podría ser un buen momento para que un pianista sedentario y fofo de treinta y cinco años de edad pueda ser recibido como combatiente. Le era indiferente identificar un bando por el cual luchar, pero definitivamente debería alinearse a uno y empaparse de sus más profundos afanes.

Dado que no tenía un mínimo conocimiento de política, filosofía o asuntos nacionales, pensó que se uniría al grupo que pudiera conmoverlo a través de la música. Se dirigió a la taberna a la que su amigo Vasili, el estudiante ucraniano que compartía su pieza, concurría durante las noches mientras esperaba que llegara el día en que lo transfirieran al frente con la chaqueta republicana.

Llegó a la fonda tras caminar algunos minutos. El lugar estaba repleto. Muchos hombres con uniforme y otros tantos sin él se agolpaban en las sillas disponibles. La mayoría de personas en el lugar estaba de pie y casi la mitad de los presentes eran mujeres. Mujeres jóvenes, muchas de ellas de buen parecer. La multitud estaba colmada de algarabía. Las últimas noticias del frente indicaban que los republicanos mantenían una ventaja considerable en la batalla del valle y no pocos

aseguraban que esta sería una señal certera de que la guerra llegaría a su fin con un desenlace favorable a su bando.

Filón llegó justamente cuando una compañía de artistas estaba entonando canciones cuyas temáticas armonizaban con las pasiones de los asistentes. Ante las palmas y los gritos de júbilo de varias muchachas, uno de los músicos exclamó:

—¿Queréis cantarla de nuevo?

—¡Sí! —respondió la anónima multitud, y los músicos empezaron a rasgar sus instrumentos para entonar una tonada festiva:

—El Ejército del Ebro,

rumba la rumba la rumba la.

El Ejército del Ebro,

rumba la rumba la rumba la.

Una noche el río pasó.

¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!

Una noche el río pasó.

¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!

Y a las tropas invasoras,

rumba la rumba la rumba la.

Y a las tropas invasoras,

rumba la rumba la rumba la.

Buena paliza les dio.

¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!

Buena paliza les dio.

¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!

La canción era colorida, exótica, jovial, alegre, optimista. Sonaba como el organillo de un carnaval siguiendo la guía de una popular tonada que celebró la batalla de Jarama un año atrás. Los jóvenes de la taberna la coreaban con jubiloso entusiasmo, como si estuviesen festejando el fin de la guerra y la victoria de su república. Como si las noticias de las penalidades sufridas por sus enemigos fuesen suficientes para vaticinar el desenlace de aquella batalla gigantesca y el futuro mismo de Europa.

Sus rostros eran invariablemente alegres. Filón buscó con ávida mirada a su amigo Vasili, sin éxito. Una de las muchachas de la cantina se le acercó y le regaló una rosa mirándolo con felicidad febril y besando su mejilla.

—Gracias por venir, hemos de vencer —le dijo.

A Filón le conmovió la belleza de la joven, sus piernas delineadas y sus caderas de significativas dimensiones.

Cerró los ojos y se dejó arrastrar por la ya conocida melodía, escuchó la poesía veraniega y cálida de su letra. La coreó con los demás intentando generar improvisaciones en la tonalidad mayor y en la estructura dulzona. Se quedó ahí un buen rato porque los jóvenes insistieron en cantar el himno una y otra vez y quería empaparse del espíritu de la canción.

Pasados varios minutos buscó a la chica que lo había besado, pero pronto notó que aquella ofrenda de rosas consistía en una especie de ritual común a todos los recién llegados. Entonces, ofuscado por la alegría y el torpe optimismo de la turba, Filón dejó la taberna.

Era medianoche, pero en las calles de Madrid había un flujo fuera de lo común. Muchos de los rostros ostentaban sonrisas mientras otros aparecían sombríos y embargados por la preocupación. Filón dedujo que las noticias de aquella noche sobre el desempeño de las batallas del valle del Ebro acentuaron

notablemente las discrepancias y los conflictos entre los vecinos de la ciudad.

Las diferencias en los rostros eran tan marcados que cualquiera podría pensar que la mitad de Madrid estaba llorando la muerte de su propia madre y la otra mitad festejaba el nacimiento de su primer hijo.

Filón siguió caminando. Dejó las calles iluminadas del centro para embarcarse a zonas periféricas y sin luz donde los borrachos y las prostitutas se juraban romances infinitos en las madrugadas.

“Los republicanos están ganando en todos los frentes junto al río”, pensó Filón. “En ese caso es entendible que se avizore un final ventajoso para su bando. Además, están llenos de música. Cada buena noticia en los frentes de batalla es recibida con una lluvia de guitarras y panderos. La música habita en estas personas, como si cada cañonazo anunciara la venida de los sanjuanes”, reflexionó.

El pianista consideraba las posibilidades de unirse al bando que a todas luces estaba ganando la batalla más brutal desatada en España. Se imaginaba las marchas de victoria que podrían salir de sus manos y los corales

salerosos que diseñaría bajo la precisión certera de doblegar a cuanto sacerdote y monja tuviera el infortunio de escucharlo. La humillación que les esperaba a los nacionalistas y sus tradiciones de baúl húmedo sería fenomenal.

Fantaseaba con una epopeya sonora dirigida al tormento de los caídos, incluso imaginó la puesta en escena de una cantata que simulara una misa completa a modo de escarnio en la que se blasfemara de cada uno de los símbolos más sagrados de los católicos. El recordatorio épico que la tumba de sus convicciones reposaba en aquel valle español. Filón imaginaba que un tenor lírico virtuoso y elegante interpretaría al apóstol Santiago con un escudo roto y una lanza astillada, huyendo cobardemente ante el valor y el arrojo de una cuadrilla de milicianos. Los coristas cantarían versiones polifónicas y contrapuntos fantásticos deducidos aritméticamente de la melodía de “Ay, Carmela”. El músico sonreía orgulloso ante las posibilidades de su proyecto. Calculaba cuál debería ser la mejor hora de acudir a la oficina de reclutamiento para ofrecer sus servicios a la república.

Luego, como si se tratara de un cuento de hadas donde todas las cosas ocurren bajo los

designios de algún hechicero poderoso, Filón caminó sin saber por qué hacia la boca de un callejón. A lo lejos un farol iluminaba la figura de dos personas junto a un muro. Movido por un instinto primitivo, el pianista se acercó solo para confirmar que la silueta masculina arrimada sobre la pared era su amigo Vasili, el voluntario de Ucrania que llegó para unirse a las filas republicanas. Su rostro coincidía en angustia, desolación y tristeza con la de la mitad de los ciudadanos de Madrid.

Supo de inmediato y sin necesidad de preguntar nada que Vasili no llegó para ayudar a la república. Las noticias en la radio de las notables bajas nacionalistas y la cierta posibilidad de una victoria republicana parecían haber afectado su espíritu hasta el punto en que simplemente le era imposible fingir optimismo alguno. Filón leyó en el rostro de su amigo la cara de un espía, un minucioso traidor, pero no un mercenario. Era evidente que las razones que lo llevaron a arriesgar su vida tan lejos de su hogar no obedecían a ningún interés vil, como el dinero o la comodidad. A Vasili lo movían el odio y el amor, los sentimientos elementales que mueven el universo.

Junto al ucraniano había una mujer. A esta igualmente la conocía. Era una prostituta que solía cantar de vez en cuando en el burdel La Brújula y que ostentaba toda suerte de tatuajes exóticos en el cuerpo. Su nombre era Raquel. Dos años atrás había hecho votos en algún claustro de Albacete intentando tomar los hábitos. Algunos contaban que, iniciada la guerra, tropas de la república llegaron al convento y sometieron, a ella y sus compañeras de fe, a los más creativos vejámenes.

Ambos tenían la misma cara de ruina. En los dos se veía la desesperanza. La mujer estaba despeinada y su blusa abierta dejaba ver sus senos tatuados con marcas desconocidas.

Sudaban copiosamente, como si la pareja hubiera intentado fusionar sus carnes con toda la potencia de sus músculos. En el aire podía olerse de forma sutil que se habían procurado todos los placeres posibles, ahí mismo, en medio de la callejuela. Pero el placer no les era suficiente. Ambos se sentían miserables.

—Otra vez, por favor —dijo Vasili, quien, a pesar de haber notado la presencia de Filón, hablaba con la mujer como si fuesen los únicos habitantes de la tierra.

Entonces Raquel, la prostituta marcada, empezó a cantar:

—Por ir a tu lado a verte

mi más leal compañera,

me hice novio de la muerte,

la estreché con lazo fuerte

y su amor fue mi ¡Bandera!

Mientas la mujer cantaba, Vasili la puso de espaldas contra la pared y la penetró con la violencia de un animal. Ella gemía de placer y dolor, pero no dejó de entonar el himno. La melodía era oscura, profunda; la poesía de la letra, cortante como una bayoneta. Raquel seguramente estaba en su período menstrual, por eso mientras ambos unían su carne restregándose sobre la pared gruesas gotas de sangre caían al suelo.

La canción sin duda fue escrita por asesinos. Su música sombría y mortal vaticinaba cuál sería el verdadero curso de la guerra.

Filón sabía lo que tenía que hacer: confesó con cada cartílago de su cuerpo lealtad hacia el bando de los asesinos y su majestuosa constelación de sufrimiento, odio y muerte.

Dibujó todos los mapas de su sinfonía perfecta en su cabeza. Cerró los ojos. Podía ver claramente un enjambre fantástico de sonidos hirviendo como moscas. Se desvaneció. Cayó pesadamente al suelo.

Filón despertó en medio de un severo terror nocturno. Algo que no podía definir lo asfixiaba. Tenía la certeza de haber experimentado una especie de realidad, más concreta, que desbordaba la cotidiana realidad de los sentidos. En medio de aquella confusa amalgama de emociones llegó la culpa. Un profundo sentimiento que inundaba su carne hasta hacerlo bullir en desesperación. Procuraba no moverse.

Su corazón galopaba de forma aterradora y sentía la certeza perfecta de que colapsaría en cualquier momento. Trataba de calmarse, respirar, recitar salmos. Sentía que estaba perdido, que merecía la confusión o la muerte. Intentaba encontrar sentido a su ánimo atribulado. No podía.

Se levantó. Prendió la lámpara de aceite y buscó el pequeño cofre de cedro que guardaba tras los estantes. Lo abrió. Indagó entre algunos rollos apiñados. Ahí estaba: la carta de recomendación de Tulio de Macedonia, “el

sabio", aquel ilustre rabino de la sinagoga en Tesalónica famoso por su paciente piedad. La epístola estaba dirigida a Tértulo de Alejandría, el notorio filósofo del Egipto ptolemaico. En el documento se suplicaba al destinatario tomar como discípulo al joven Filipo, nieto del remitente, para instruirlo en la sabiduría de los antiguos maestros, y enseñarle virtud, disciplina y ciencia.

Tulio imploraba a Tértulo cultivar al inexperto "Filón", como era llamado por sus amigos, conforme la tradición helénica, y protegerlo en nombre de una antigua deuda que en el pasado había contraído con los difuntos padres del muchacho.

El documento describía la preocupación de la comunidad judía en Macedonia por las notables desventajas que tenían los rabinos, tanto los de habla griega cuanto aquellos de habla aramea, en los tribunales de justicia frente a los retóricos y abogados paganos bien versados en letras clásicas. En la misiva se pedía, de la forma más apasionada, que se convirtiera a su nieto en un escriba entendido en las tradiciones de los maestros helénicos, usar el conocimiento para defender las causas judías.

La lectura de la carta lo remontó al pasado. Filón se recordó a sí mismo. Rememoró el hambre y la humillación. Se vio vendido desde niño como esclavo. Limpiar los vómitos y cargar los juguetes del nieto del varón que lo compró se convirtió en su tarea. Recordó a su joven señor, pasados los años, perezoso y cruel, recitando nombres y letras todo el día recostado en la cama, exigiendo que le llevaran agua, dulces o el cuerpo ebrio de alguna joven sirvienta.

Se vio a sí mismo memorizando a golpes cada una de las letras hebreas y griegas sin entender, en un inicio, qué mensajes contenían, solo para facilitar las tareas de aprendiz de escriba del amo. Recordó cada humillación, cada afrenta y cada golpe.

Su mente lo condujo hacia aquella tarde en el muelle. Llegó siendo adolescente como bestia de carga para preparar el viaje de su señor hacia Egipto. Aquel amo cruel y aún lampiño que había sido despedido en un banquete por su abuelo y los notables de la sinagoga. Se contempló en la distancia hurgando entre las pertenencias de su patrón durante la noche buscando algo para comer.

Entre los objetos de un baúl encontró, de casualidad, aquella carta que describía los motivos del viaje.

La epístola. Ese, humilde rollo de papiro, anunciaba que el joven Filipo, aquel altanero, grotesco y abusivo muchacho macedonio, debía ser recibido al otro lado del mundo, en Alejandría, por un hombre sabio que le perfeccionaría en los autores clásicos. Un maestro justo que pondría un plato de comida caliente frente a él, bajo la única condición de leer y aprender.

No se arrepentía. Ni un ápice de remordimiento visitaba su corazón al recordar cómo se acercó al chico borracho a la hora de la tercera vigilia y cómo lo asfixió con una cuerda hasta matarlo. Aún podía ver sus ojos enormes y rojizos suplicando antes de cerrarse para siempre. Filipo, también llamado Filón, *el verdadero Filón*, fue arrojado a las zonas profundas de la costa desde los brazos de su antiguo esclavo.

Redimido y libre, tomó aquella carta, con su nuevo nombre, guardándola, sobre su corazón, y asumiendo la nueva vida que tenía por delante.

No. La angustia y la culpa en sus madrugadas no podían provenir de aquel incidente a todas luces liberador, semejante a la muerte de los primogénitos egipcios la noche en que el pueblo de Israel fue libre y se hizo merecedor a caminar a través del mar rojo.

* * *

Las semanas pasaron y José entregó los tres últimos libros de Moisés que quedaban por copiar a la Sinagoga. La caligrafía de Ruth y su precisión mejoraron significativamente durante el proceso. El Deuteronomio (Devarim), el último de los cinco libros que conforman el pentateuco, fue redactado con tanta elegancia que no podía diferenciarse del trabajo de un escriba experimentado.

Intentando ganar el favor de la sinagoga con respecto a Ruth, el rabí Filón entregó el rollo que contenía el Deuteronomio para que fuera leído por los ancianos durante el Sabbath. Las autoridades no emitieron ningún reproche al papiro cuya fidelidad era evidente. La idea de que Ruth pudiera incorporarse como uno de los discípulos de Filón ganaba fuerza y las voces que se oponían perdían notoriedad. Después de todo, Alejandría era una ciudad donde se reverenciaba el conocimiento.

Mientras tanto, los discípulos del filósofo visitaron a José y le entregaron otras diez monedas de plata junto a los rollos de los profetas; otra sección de los escritos sagrados hebreos. Le aseguraron que pondrían en su mano la misma cantidad una vez que les entregara las copias solicitadas.

La visita alegró a María en gran manera, hasta el punto de hacerla defender la posibilidad de que Ruth pudiera ser entregada como discípula de Filón en la sinagoga.

Alegre por el curso de los acontecimientos, José consideró seriamente la propuesta.

Al ver la sonrisa en el rostro de sus padres, Ruth se sintió llena. Soñaba despierta. La tarde siguiente su padre regresó del puerto trayendo una muñeca persa tejida en seda en las tierras orientales. El olor del juguete nuevo, el único que había recibido en su vida, la ilusionó hasta las lágrimas.

Por aquellos días Filón de Alejandría fue convocado a Roma. Los más importantes sabios judíos, tanto de las regiones griegas como de la provincia de Judea, fueron llamados a la presencia del niño que ostentaba el cetro del imperio.

El asunto era particularmente importante para los judíos. El emperador Calígula, un adolescente caprichoso y voluble, exigió que su imagen fuese adorada junto a cualquiera de las divinidades a las que se rindiese culto en los territorios de su influencia.

Roma permitía a todos los súbditos venerar las divinidades que escogiesen sin intervenir ni limitar sus cultos; sin embargo, el nuevo emperador, convencido de su propia divinidad, exigía que se adorase su imagen junto a los otros dioses en cualquier liturgia.

Las comunidades judías, celosas del culto único, estaban conmocionadas. Solicitaron audiencia en el senado romano para ser recibidos por los nobles de la ciudad y el César. Su petición les fue concebida.

Filón convocó a sus discípulos al atrio de la biblioteca. Leyó frente a todos ellos la carta donde se le pedía viajar a la ciudad de la loba y comparecer ante Calígula. Los jóvenes aplaudieron de forma unánime. Las nuevas disposiciones para adorar al emperador como a un dios estaban causando no pocas penalidades entre los judíos de las provincias.

Todos felicitaban a su maestro y le auguraban los mejores deseos. El viaje no tomaría más que unas pocas semanas, acaso un par de meses, luego de las audiencias el prestigio del sabio se consolidaría definitivamente.

Ruth, quién todavía no había sido admitida formalmente como discípula en la sinagoga, también estaba presente en la biblioteca. Hace varios días sus padres le concedieron permiso para asistir a las lecturas que Filón lideraba cada semana en el areópago de la biblioteca.

La niña fue la única que no se alegró con la noticia. Al ver su rostro, Filón anunció frente a sus estudiantes que a su regreso pediría formalmente se admitiera a Ruth como uno de sus discípulos. Los más jóvenes de entre los seguidores del maestro se alegraban, mientras que algunos de los más viejos albergaban dudas ante la posibilidad. Sin embargo, ninguno rechazaba a la niña. Todos admiraban su inteligencia y vivacidad. La muchacha se sentía segura en aquel ambiente de respeto hacia las letras y protegida por quienes se refugiaban en ellas. En ningún momento percibió incomodidad dentro de aquel grupo. Ni siquiera entre los mayores y más conservadores.

Ruth corrió desde las gradas de piedra hacia el filósofo y lo abrazó. Le pedía que no se fuera. El rabí reía con paciente optimismo y aseguraba que el viaje no se extendería más allá del otoño. La niña se aferraba a su túnica.

Viendo la angustia de la pequeña y conmovido por sus lágrimas, Filón se sacó del cuello cierto colgante que siempre llevaba consigo, una delgada tira de cuero que sostenía la figura tallada en ónix de un caballo.

—Esta es —dijo Filón— mi posesión más valiosa. Te la doy con la condición de que me la devuelvas cuando mi viaje termine.

—Ah, Naufragio —dijo la niña secándose las lágrimas—, te lo dio tu madre cuando se despidió de ti, hace mucho tiempo, antes de que te llamaras Filón. Sí, te lo devolveré.

El grupo de discípulos se echó a reír pensando que se trataba de otra de las fantasiosas metáforas de la niña. El filósofo no dijo nada y simplemente besó la frente de Ruth con un sereno alivio. Luego, como respondiendo a la muchacha, citó aquel texto del Eclesiastés que dice: “Aquello que fue ya es; y lo que ha de ser fue ya; y Dios restaura lo que pasó”.

Entonces Ruth dijo:

—Ciertamente los pitagóricos y otros filósofos matemáticos no carecían de razón cuando dijeron que el universo estaba conformado por puntos y líneas; que cada línea representaba una posibilidad completa de existencia, mientras que los puntos eran lugares de llegada o de partida. Es decir, instantes. Sin embargo, a estos pensadores no les fue dado entender aquella verdad revelada a Salomón que dice: *Dios restaura lo que pasó*. Si lo entiendo correctamente, dios puede redimir el tiempo. También aquel tiempo distante que no podemos tocar. Como, por ejemplo, los crímenes de guerra de las tropas de Josué en Canaán que hoy son narrados como actos piadosos en las escrituras. Adonai puede sanar el tiempo.

Luego de estas palabras ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar sobre el diálogo velado que Filón mantenía con Ruth, aunque todos estuvieron de acuerdo con la lucidez e inteligencia de la muchacha.

Al día siguiente, el maestro se embarcó en una nave rumbo a Creta, donde se encontraría con las otras delegaciones de sabios judíos a fin de tomar un barco a Bríndisi, para continuar a Roma.

Mientras tanto, sin la supervisión de su maestro, aunque fuera de cualquier malicia, uno de los discípulos de Filón malentendió las instrucciones del rabino. Este le había pedido entregar el rollo del Deuteronomio a las autoridades de la sinagoga para que fuera leído el sábado. Buscaba honrar de forma pública a José de Nazaret, a quien se atribuía la caligrafía del documento. Sin embargo, por descuido, y tras haber equivocado las instrucciones de dónde encontrarlo, el joven llevó por error la versión del libro de Génesis que la niña había transcrito.

Aquel día varios maestros de Jerusalén habían llegado de visita en la ciudad de Alejandría. Toda la comunidad se congregó en la sinagoga. Eran vísperas de la fiesta de la dedicación.

La lectura la llevó a cabo Ananías, el joven aprendiz del principal de la sinagoga. El muchacho, originario de Jerusalén, había arribado hace pocos meses al puerto de Alejandría para aprender griego. Sin entender completamente aquello que leía, aunque pronunciando los sonidos con soltura, Ananías recitó frente a todos varios fragmentos del libro del Génesis que le fue puesto delante:

—Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, les nacieron hijas. Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres… esto no quiere decir, por supuesto, que las hembras de carne sean superiores en gloria a las criaturas angélicas, sino precisamente lo contrario. Los ángeles ardieron en deseos justamente porque estas les parecían abominables.

*»*Así pues, del mismo modo en que algunos pastores borrachos entran en relación copular con cabras en el desierto, no porque encuentren a los animales más atractivos que sus propias mujeres sino porque quieren experimentar repugnancia a fin de procurarse de placeres secretos, los ángeles del cielo fornicaron con mujeres para saborear el gozo de la mortandad.

*»*Sabido es que en la región desértica de Hasnia existen comunidades beduinas que tienen como uno de sus rituales más sagrados la profanación de cadáveres para mantener con ellos relaciones sexuales. Esta costumbre permanece como una sombra de los amoríos que los ángeles el cielo tuvieron con los hijos de Adán…

»Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después de que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre... ciertamente los hijos bastardos de la carne angélica y la carne mortal se destacaron entre los que habitan la tierra. No solo eran mayores en fuerza, sino que eran más inteligentes, podían ver más lejos y tenían una noción de la belleza notablemente desarrollada. No todos fueron guerreros. Algunos renegaron de su condición y se encerraron en cavernas de modo voluntario esperando llevarse consigo las huellas del amor criminal que les había dado vida. Otros fueron poetas y escribieron gestas fantásticas para las que les fue necesario inventar nuevos lenguajes. Un puñado de aquellos idiomas aún se habla entre comunidades de sabios gentiles que mantienen parte de su esencia y misticismo en rituales secretos.

*»*Por su parte, los ángeles empezaron a sentir celos de la condición mortal de los hombres, pues el hecho de haber tocado y amado la carne y la sangre los hizo sensibles al secreto que alberga el seno humano, el cual consiste en la conciencia de la finitud. Los hombres podían

conocer varias facetas de dios, por el hecho de tener la seguridad de que morirían. Los ángeles carecían de este conocimiento. Conmovidos y humillados, algunos de ellos decidieron garabatear un libro que reflejara plenamente sus sentimientos. Pero la redacción de aquel escrito causó amargas disputas entre ellos, y entabló una apesadumbrada pelea en el cielo.
»El libro fue despedazado y los fragmentos de sus páginas eternas cayeron sobre la tierra impregnándose en ciertos lagos y bosques cuyos nombres no mencionaré; así como en las pieles de algunos leopardos, las siluetas de ciertas montañas, o incluso en la carne misma de algunos hombres que…

Ananías leía las palabras griegas sin entender cabalmente lo que decían, pues el joven era aún muchacho y si bien reconocía las letras y sus sonidos, no entendía plenamente el idioma.

El principal de la sinagoga, luego de escucharlo petrificado, se acercó al chico y lo abofeteó sacándolo a empujones de la sala.

La comunidad entera regresó la mirada a José, quien, estupefacto y notablemente afectado, los miraba con ojos enrojecidos y labios suplicantes. Varios hombres lo sacaron a la calle donde le dieron una paliza que lo dejó desnudo,

y lo hubieran matado si no hubiera sido porque María suplicaba a gritos que lo soltaran y confesó delante de todos que su marido no sabía leer ni escribir.

Los varones llevaron en hombros a María y José hacia el muelle y los arrojaron al fango maloliente maldiciéndolos y avergonzándolos de todas las formas posibles. Ruth miraba aquello petrificada, pero varios discípulos de Filón la escondieron de la multitud y la ayudaron a regresar a salvo a su casa.

Heridos y humillados, María y José recogieron lo poco que tenían. Acordaron regresar a Galilea. Sabían que Jacob, el tío de María, había enviudado y decidieron apresurarse para entregarle su hija en matrimonio. Le rogarían, de ser necesario, que la aceptara.

Ambos golpearon cruelmente a la niña y José despedazó su muñeca persa mientras su madre arrojó al mar el pequeño caballo de ónix que le había entregado Filón. Ruth imploraba, pero nadie la escuchó.

***

Si te gustó, adquiere el libro completo en
www.amazon.com
o comunícate con Editorial El Conejo